AÑO XXXI — BUENOS AIRES, 1.o DE MAYO DE 1928 — N.o 5943

LA PROTESTA

PORTE PAGO — NUMERO EXTRAORDINARIO — EL EJEMPLAR DIEZ CENTAVOS

FECHAS Y HECHOS

La tragedia de Chicago y la inmolación de Sacco y Vanzetti

En la historia del martirologio proletario, Chicago representa una de las más importantes etapas. La importancia no está solamente en el proceso que siguió a los sucesos del 1.o de mayo de 1886 en la plaza de Haymarket, por la ferocidad que demostraron los jueces de Illinois y por la ola de odio que entenebreció la conciencia de todo un pueblo; representa aquel episodio el punto de partida de la plutocracia yanqui — del poder sin control de la casta del dólar, surgida del seno de las sectas religiosas más hipócritas y taimadas — y también el paso inicial del movimiento revolucionario opuesto a las ilusiones de la democracia. La condena de Spies, Schwab, Neebe, Fielden, Parsons, Engel, Lingg y Fischer; las horcas levantadas para epilogar el movimiento reivindicador de la clase trabajadora; el hecho de que en el país de los "bravos y los libres" se negara al obrero el derecho a mejorar sus condiciones de vida, demostró con terrible elocuencia la falsedad de los principios declarados por la revolución francesa.

A partir de 1887, sancionado el crimen en nombre de la ley y del derecho, el proletariado comprendió que debía luchar contra un enemigo artero y brutal. ¿Qué podía esperar de las garantías legales, si la justicia era patrimonio de los fuertes y ni en las leyes comunes tenía amparo? El proceso de Chicago puso en evidencia los instintos feroces de la burguesía. La casta de los dominadores renegaba de su origen humilde y defendía a dentelladas sus privilegios frente a los que les disputaban un puesto en el banquete de la vida.

Se han repetido muchos episodios como el de Chicago a partir de la trágica farsa jurídica de 1886-87. La horca, el patíbulo, la guillotina, el fusilamiento, la masacre alevosa de obreros, fueron el exponente de la civilización capitalista. El penoso camino seguido por el proletariado durante los últimos cuarenta años, está sembrado de cadáveres. Y el calvario continúa. Se perfeccionan los instrumentos de muerte, se mata científicamente, hay más crueldad y refinamiento en los actos del hombre civilizado... La barbarie se disfraza con el manto de la cultura.

El recuerdo de las horcas de Chicago no aleja nuestro pensamiento de la realidad. La tragedia de 1887 se ha repetido muchas veces y en todos los países. ¿No fué consagrado el 1.o de mayo como día de universal protesta contra todos los crímenes del capitalismo? La efemérides proletaria condensa los anhelos y las rebeldías que no puede extirpar el Estado con su política de hierro y fuego, y es también una confirmación de que la Anarquía no se extinguió con los inmolados en el altar en que se rinde culto a los más negros despotismos.

Reafirmamos nuestra fe inquebrantable en las ideas en esta recordación de los hombres que sacrificaron su vida por defenderlas. Los héroes y los mártires son los que escriben la historia. Y un ideal que puede ofrecer generosas cabezas al verdugo, que pasa intangible por las más terribles pruebas, no puede ser tan fácilmente ahogado con la mentira y el oprobio.

La tragedia de Chicago, a pesar del movimiento universal de indignación que provocó la crueldad de los jueces norteamericanos, tiene en la historia de los Estados Unidos una trágica repetición. Cuarenta años no bastaron para borrar el crimen jurídico de la plutocracia del Dólar. Y, sin embargo, sin tener en cuenta lo que significó para el proletariado el proceso de Illinois, en Massachussetts los sayones del Tío Sam volvieron a repetir el holocausto de sangre.

De 1887 a 1927 median cuarenta años. En ese espacio de tiempo no cesaron las protestas del mundo del trabajo contra la ejecución capital de los revolucionarios de Chicago. El crimen jurídico constituyó para los anarquistas el argumento decisivo para demostrar al proletariado la falsedad de los postulados de la democracia y la hipocresía de las fórmulas liberales consagradas por la revolución que libró a los pueblos del poder absoluto de los reyes para entregarlos al poder irresponsable de los mandatarios de la burguesía.

El recuerdo de las horcas de Chicago se borra en la memoria de los hombres de la presente generación. Pero la barbarie capitalista adquiere el duro relieve de los hechos recientes. Pertenece a la democracia norteamericana — al país de los "bravos y de los libres" — la gloria del nuevo holocausto de sangre al terrible Moloch capitalista. Los jueces de Massachussetts, sordos al clamor del mundo, insensibles al grito angustioso de la humanidad dolorida, sancionaron el asesinato jurídico de dos rebeldes: de Nicolás Sacco y Bartolomé Vanzetti, culpables de albergar en su pecho sentimientos generosos e ideas humanitarias y justicieras.

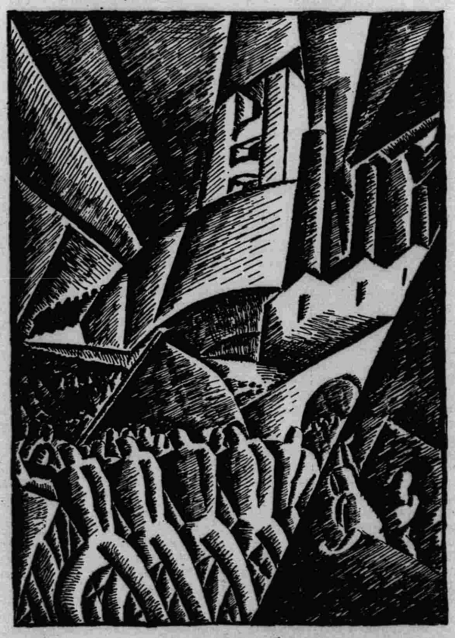
He ahí, pues, por dónde la efemérides proletaria adquiere su primitiva significación. Las horcas que se levantaron en Chicago en 1887, dieron motivo a que el 1o de Mayo fuera consagrado a la protesta del proletariado mundial contra todos los crímenes y violencias de la burguesía y del Estado La silla eléctrica representa hoy el símbolo de la muerte — el espíritu de una civilización bárbara y refinada — y se hace doblemente odiosa desde que sirvió para cometer el más frío y alevoso asesinato legal

Unamos el nombre de Sacco y Vanzetti al nombre de los mártires de Chicago No olvidemos a las víctimas inmoladas en el altar del dios Capital. Con el recuerdo de todos los que cayeron defendiendo un ideal de justicia, de libertad y de amor, templemos nuestro espíritu en la lucha y marchemos serenos y altivos a la conquista del mundo

Al recordar la tragedia de Chicago, no podemos por menos que asociara aquel lejano episodio la reciente inmolación de Sacco y Vanzetti. Dos episodios distantes se complementan en una sola realidad y forman un motivo único de condenación para los anarquistas Y es por eso que la fecha histórica del 1.o de mayo es para nosotros el compendio de todos los martirologios y de todos los holocaustos de sangre rendidos por la humanidad a los dioses del odio, de la crueldad, de la avaricia y del despotismo.

—(o)—

J. GIGARO



LOS MARTIRES

Afirmar que la idea de libertad es tan vieja como la humanidad, no es nada temerario. Por poco que se conozca la historia se sabe que el hombre ha luchado siempre por alcanzar un mayor grado de libertad y es seguro que no cesará de luchar hasta lograr el máximo posible, pues la libertad es para la vida condición tan indispensable como lo son el aire que respiramos y los alimentos que ingerimos.

Es por esta razón elemental que será vano el empeño de los gobernantes de pretender sofocar hasta aniquilar por completo el ansia de libertad que late en el corazón del pueblo.

Hubo periodos en la historia — y quizá este es uno de ellos — en que la autoridad había llegado a enseñorarse del mundo y su poder era tan grande que se le hubiera creído inconmovible. Era entonces, precisamente cuando el espíritu de libertad parecía haber muerto en los hombres, cuando explosionaba y expandía por todas partes abatiendo a la autoridad y haciendo renacer la vida en un florecimiento grandioso.

El saber a ciencia cierta que mientras haya sobre la tierra un amo y un esclavo, la libertad encontrará un ferviente defensor no debe volvernos, sin embargo, fatalistas y hacernos esperar todo de la lenta evolución de las cosas. Por el contrario, debemos, en todo cuanto nos sea posible, precipitar los acontecimientos si queremos ver realizados nuestros ensueños y nuestros anhelos. Aspirar a algo; tener la convicción de que ese algo es bueno, bello, grande y justo y no tener impaciencia por llegar a ello, no luchar por conquistarlo cuanto antes, se nos antoja lo mismo que dejarnos morir de hambre por no tener el trabajo de llevarnos el alimento a la boca.

Si todo lo confiáramos al lento ritmo de la evolución no llegaríamos nunca a

ninguna parte. En primer lugar porque no es posible evolución alguna sin el empuje renovador que los idealistas de todos los campos de la actividad humana imprimen a las ideas y a los hombres de su tiempo, y, después, porque las fuerzas de la reacción la impederían tratando de hacernos retroceder el camino andado a fuerza de grandes y cruentos sacrificios.

Los anarquistas que, entre los que aman ser libres son los que más desarrollado tienen el espíritu de libertad, han visto esto claramente y han estado siempre a la cabeza de todo movimiento liberatriz, han estado siempre a la vanguardia del progreso verdadero como los abanderados de la civilización. Por esta causa la anarquía cuenta con una legión de mártires y héroes que han hecho de su historia un grandioso monumento ejemplarizador.

Nosotros al recordar a todos los caídos en aras de la libertad, no lo hacemos sólo con el afán de glorificarlos, aun que merecen gloria eterna los que se dieron enteros por la causa de la justicia y la fraternidad. No; lo que queremos es hacer conocer al pueblo sus ideas y sus vidas; todo amor las primeras, llenas de belleza y abnegado desinterés las segundas.

Nosotros queremos en este día de Mayo recordar a todos los mártires del ideal, a todos los que cayeron luchando por mejores días, a todos los que al morir sonrieron placenteros porque vislumbraron la nueva humanidad, a todos aquellos que con su sangre generosa regaron el camino de la libertad... Y ellos no son sólo aquellos cuyos nombres quedaron grabados con letras de sangre, fuego y oro en nuestras memorias y nuestros corazones... No, son legión. Son todos los anónimos combatientes del ideal, aquellos que en las gestas grandiosas del proletariado se fueron sin dejar un solo recuerdo y se fueron con la convicción de que dar la vida por el ideal es poco todavía...

¡Los mártires!... ¡Con qué generoso impulso dieron sus vidas!... ¡Con qué placer se inmolaron!...

Convencidos de que al morir por un ideal, éste adquiriría nueva pujanza e irían a engrosar sus filas centenares de hombres que permanecían indiferentes y alejados, morían olvidándose de todo, hasta de los seres más queridos: padres, hermanos, esposas, hijos...

Y morían con el pensamiento en el ideal que los alentara en vida:

"¡Viva la anarquía!..."

"¡Salud a la anarquía!..."

"¡Hurra por la anarquía!..."

Recordémoslos, en este día histórico y todos los días, y que el recuerdo de sus vidas de luchadores incansables y el recuerdo de sus últimas palabras, nos aliente, nos dé fuerzas, nos sirva de acicate para continuar luchando.

Sí; continuemos su obra, que es la mejor, la única manera de honrarlos.

E. LOPEZ ARANGO

La unidad del anarquismo

Los sindicatos y los grupos de afinidad - Concepción del integralismo ideológico

Es bien conocida nuestra posición en el movimiento obrero. Somos adversarios irreductibles del sindicalismo neutro — del que dicen sus propagandistas que "se basta a sí mismo", — porque entendemos que la manifestación más vital de la clase trabajadora no puede ser excluida del concierto de las ideologías. Pero la circunstancia apuntada no nos lleva al extremo de considerar a los sindicatos como los órganos en embrión de la sociedad futura... Los aceptamos como un medio de lucha — si se quiere como una imposición del capitalismo — y ponemos todo nuestro empeño en transformarlos en potencias revolucionarias, en organismos de lucha opuestos a las corrientes burguesas y a las engañosas ilusiones de la social-democracia.

De ese punto de vista se deduce, además de la negación de la política tradicional, una actitud concordante con la concepción social del anarquismo. Entendemos que el movimiento obrero debe ser algo más que eso que se llama sindicalismo; que no puede circunscribirse a las disputas por el salario y las horas de labor. Pero no subordinamos a los sindicatos, por lo que representan orgánicamente, el proceso económico de la sociedad capitalista. ¿No estaría en esa subordinación preventiva el reconocimiento de los mismos males que tratamos de extirpar de las sociedades humanas? Los sindicalistas neutros sostienen que la clase trabajadora debe prepararse técnicamente para dirigir, después de la revolución, el mecanismo de la economía. Plantean, pues, el problema de la sucesión del proletariado, como clase dominante, para cuando la burguesía sea derrotada.

La posición contraria extrema la ocupan los anarquistas antiorganizadores. No sólo niegan los pretendidos fines del sindicalismo, sino que rechazan al sindicato como un medio de lucha. El anarquismo "político", de grupo o de partido, pretende ignorar al proletariado como clase. Pero como no es posible negar una realidad tan contundente, resulta que esa tendencia termina por admitir las peores contingencias de la acción popular contra los explotadores y tiranizadores del pueblo.

No es ese extremo de la cuestión el que queremos someter a un análisis crítico. Nos interesa plantear el problema de las interpretaciones de la tendencia organizadora, a través de las dos modalidades del comunismo anarquista: la sindical y la política. ¿Qué relación de actividad y de esfuerzos existe entre el anarquismo que milita en el movimiento obrero y el que prefiere actuar en los grupos específicos? ¿Se hermanan ambos esfuerzos en un mismo propósito emancipador? ¿No representa esa diferencia de táctica un obstáculo para el buen éxito de la propaganda revolucionaria?

Para los objetivos finales, toda acción anarquista, cualquiera sea el campo de sus manifestaciones, es útil y necesaria; pero el modo de plantearla y conducirla puede determinar su ineficacia. De ahí, pues, la objección fundamental — en el orden táctico — que nosotros, anarquistas partidarios de la organización obrera, hacemos a la tendencia específica o política del anarquismo. El grupo de afinidad, por los límites que se imponen los que en él militan, entra muy raramente en contacto con las masas. Y el concepto de que representan la élite del movimiento social, ¿no distancia cada vez más del pueblo a hombres que debieran emplear su saber y sus energías en despertar la conciencia del proletariado?

Por reacción contra la esterilidad del sindicalismo mejorativista y de las corrientes sindicales de colaboración, existe en el anarquismo una tendencia situada en el linde del individualismo negativo. No se trata de una tendencia calificadamente antiorganizadora. Los antigremialistas creen que una organización extrasindical, sin contacto con los sindicatos obreros — aunque se vea forzada a girar en el mismo círculo de hierro — llenaría más ampliamente los objetivos finalistas del anarquismo y representaría un instrumento de propaganda y de acción más eficaz. En consecuencia, consideran que todas las organizaciones proletarias, cualquiera sea su orientación, representan el mismo papel en la conservación del régimen capitalista.

Se trata, como es fácil demostrarlo, de un error de interpretación de los objetivos de la propaganda revolucionaria, ya se manifieste en el campo economico o se difunda en la esfera determinada de la cultura popular. Si se sostiene que el hombre puede dividir su personalidad moral, esto es, ser sindicalista en el sindicato y anarquista en el grupo, claro está que la organización obrera no puede tener ningún contenido ideológico. Pero, ¿es posible semejante desdoblamiento? ¿No es más lógico defender un punto de vista integral, por el que llegaríamos a la conclusión de que toda actividad revolucionaria debe estar en concordancia con los fines del aanrquismo?

La organización que propicien los anarquistas, sea sindical o ideológica, no puede llenar otros objetivos que los emergentes de la lucha contra el capital y el Estado: responde a necesidades defensivas — aun cuando teóricamente el anarquismo plantee soluciones de futuro — y realizan una misión educadora por los principios que inspiran y determinan su acción. Pueden, pues, manifestarse en los militantes preferencias por una u otra forma de actividad; pero el objetivo es siempre el mismo — la lucha contra el poder político, contra todas las normas de la autoridad, contra la explotación del hombre por el hombre, — y de ese objetivo no es posible apartarse sin renunciar a las propias ideas. Si rechazamos el medio sindical — el sindicato, ya lo hemos dicho, no es para nosotros un fin en sí — alegando la esterilidad de la lucha económica y las frecuentes desviaciones del movimiento obrero, ¿obtenemos alguna ventaja organizándonos "políticamente", por tendencias, al margen de los anhelos y las aspiraciones inmediatas del proletariado?

En primer lugar, nadie garantizaría al anarquismo una orientación "política" que impidiera las infiltraciones reformistas que notamos en el movimiento obrero. ¿Acaso no participaron los anarquistas en esas desviaciones de los sindicatos abiertos a todas las corrientes ideológicas, pero de hecho sometidos a la tutela de los políticos marxistas? Los defectos de la organización proletaria son inevitables en aquello que es inherente a su naturaleza. Lo que hace falta es determinar, sobre los hechos y las experiencias sociales, un movimiento que concrete las necesidades inmediatas de los pueblos y despierte a la vez el ansia de superación en los hombres agobiados por el peso de todos los errores y extravíos que apuntalan el régimen de la tiranía y la explotación.

Para nosotros, anarquistas partidarios de la organización obrera, el sindicalismo es un simple medio de defensa económica. Sin embargo, tratamos de que la acción defensiva del proletariado no se inutilice y degenere por la influencia de los elementos reformistas, influenciándola en lo posible con nuestros principios antipolíticos y antiestatales. Los fines mediatos no están en organismos creados por necesidades inmediatas: radican en la idea inspiradora de una alta cultura y de un progreso todavía no determinado... De ahí que nos esforcemos por hacer del obrero una potencia capaz de ser el determinante de la civiliación hasta ahora subordinada a factores materiales que escapan al control de las fuerzas espirituales. ¿Cómo conseguir ese objetivo? Llevando al sindicato todos los motivos de divergencia ideológica.

No es posible desconocer el valor de las ideas, como elemento de capacitación del proletariado y como fuerza espiritual que impide el estancamiento de las energías populares. ¿Que en la generalidad de los casos los anarquistas fracasaron en su intento de desterrar del movimiento obrero la influencia reformista del marxismo? ¿Que los mismos sindicatos orientados por anarquistas, o que como tales se consideraba, siguieron el proceso de adaptación a las condiciones políticas y económicas impuestas por el capitalismo? Según nuestro modo de apreciar ese fenómeno moral y psicológico (las influencias materiales obran sobre los individuos en forma relativa) la causa de esa desviación radica en el error consagrado por los mismos anarquistas: en su criterio neutralista, que los lleva a negar las propias ideas en terrenos donde debieran empeñarse más en afirmarlas.

De la experiencia que nos ofrece el fracaso de la neutralidad ideológica, nosotros no sacamos una conclusión contraria a la participación de los anarquistas en el moviimento obrero. Por el contrario, confirmamos nuestra tesis de franca beligerancia frente a las corrientes políticas y reformistas que prevalecen en la orientación del sindicalismo mundial.

Se abre camino en el campo anarquista la idea de reconstruir la unidad del movimiento revolucionario. Hay demasiada dispersión de fuerzas — exceso de particularidades inconexas — para que el anarquismo pueda constituir hoy una potencia de avance frente al reformismo marxista y a las corrientes reaccionarias de la burguesía. Pero no basta con la constatación del fenómeno de nuestra impotencia para determinar el cambio de actitud que supone el retorno a la base integral de una idea tan diversamente interpretada y concebida. Es necesario ante todo establecer una lógica concordancia entre la teoría y la táctica, suprimiendo el extremo individualista y el extremo sindicalista, conciliando el término "político" con la consecuencia económica.

Un grupo de camaradas que editan en Bruselas (Bélgica) un periódico anarquista en idioma español, proponen la unificación del anarquismo sobre una base colaboracionista... Quiere decir, pues, que aceptan como lógica la división del anarquismo y procuran salvar el escollo proponiendo un pacto de alianza entre los grupos específicos y las organizaciones sindicales.

He aquí el razonamiento que sirve de base a la encuenta del Grupo Internacional de Estudios Sociales de Bruselas:

"Nuestro movimiento en general — el específico, el anarquismo militante en singular — adolece indudablemente de una muy sensible falta de cohesión. Un esfuerzo aquí, otro allá, y luego, más allá, aun otro; mas el espíritu de continuidad que haría de nosotros un algo fuerte y respetable, con personalidad permanente y activa, no aparece por ninguna parte. Diseminados por el orbe, nos encontramos en situación precaria y desfavorable, de notoria inferioridad frente no sólo a las fuerzas negadoras del socialismo — marxismo reformista y radical — sino que también frente a nuestros enemigos coaligados: Capital, Estado y sus mesnadas de sicarios. Es, pues, urgente, preciso y necesario hacer un esfuerzo de unidad efectiva, de organización internacional; es urgente renovarnos, ponernos a la altura y tenor de las circunstancias y del momento histórico en que vivimos. De no hacerlo, nos exponemos a rudos y desmoralizadores desastres. No somos pesimistas; es el optimismo que nos anima y guía, toda vez que la situación internacional burguesa es verdaderamente revolucionaria y hace vislumbrar transformaciones profundas y radicales, mientras nosotros estamos en situación de preámbulo y nada floreciente. Como núcleo organizado somos casi una nulidad y como individualidades estamos expuestos a todas las arbitrariedades de los canallas que mandan y ejecutan. Tan caótica situación debe terminar; debemos, pues, de una vez por todas, decidirnos a hacer algo, sino nuevo, real, que esté en consonancia con los tiempos y no reñido con nuestros principios".

Es real la visión de conjunto sobre las perspectivas que nos ofrece el movimiento revolucionario. Como lo constatan los compañeros que proyectan la unificación del anarquismo, existe un profundo distanciamiento entre los individuos, los grupos y las organizaciones que se inspiran en las ideas libertarias. Ni nacional ni internacionalmente contamos con un nexo que identifique en un mismo propósito las encontradas corrientes de la Anarquía. Y como la Asociación Internacional de los Trabajadores es un organismo proletario, los grupos específicos, en su mayoría hostiles a la concepción *clasista*, no pueden formar parte de una articulación orgánica que consideran demasiado estrecha y rígida. ¿Cómo, pues, se lograría la unidad del movimiento libertario conservando las diferencias tácticas frente al conjunto de los problemas sociales?

El Grupo Internacional de Estudios Sociales de Bruselas, propone la siguiente iniciativa:

"Que la Federación Anarquista Ibérica, o sea la Unión Anarquista Portuguesa, Unión Anarquista Española y Federación Nacional de G. A. españoles en Francia, pida el ingreso, como organización específicamente anarquista, y obtenido ingrese en la A. I. T. La misma proposición hacemos a la U. A. C. R. de Francia, U. A. Italiana, Juventudes Anarquistas de Holanda y Alemania, y

todas las Uniones o Federaciones anarquistas que existan, no importa en qué rincón de la tierra.

Se formará dentro de la A. I. T. una sección para que sea el órgano fusionador y de relación entre las centrales anarquistas que por su constitución y propaganda no puedan ser clasificadas como organismos de lucha de clases a base de este esquema de funcionamiento, que puede ser discutido y modificado:

1o. — Todos los Grupos de afinidad ideológica se adherirán separadamente a la tal sección de la A. I. T.; podrán asimismo adherirse los camaradas aislados.

2.o — Los grupos llenarán ciertos requisitos y compromisos al dar su formal adhesión.

3.o — La A. I. T. (sección) nombrará una comisión de control por naciones o regiones.

4.o — La sección creará uno o varios órganos de prensa en las lenguas y donde se crea más necesario.

5.o — La sección dará cuenta de su misión periódicamente en un Boletín creado al efecto y en los Congresos ordinarios que la A. I. T. celebre o en uno especial para su movimiento de sección.

6. — Las comisiones de control nombradas por la sección de la A. I. T. darán curso a todas las quejas, demandas, proposiciones y denuncias que los adherentes tengan a bien exponer y cursar".

La proposición transcripta termina con estos interrogantes:

"1.o — ¿Es conveniente que los anarquistas se federen internacionalmente?

2.o — ¿No sería un tiempo de potencialidad y unión antiautoritaria si ingresaran en la A. I. T.?

3.o — ¿Qué motivos doctrinarios impiden nuestro ingreso en la A. I. T.?"

La unión internacional del anarquismo es un problema de capital importancia, y nadie que desee el triunfo de las ideas de libertad y de justicia sociales puede oponerse a ese propósito. Pero el ingreso de los grupos específicos en la A. I. T. entrañaría precisamente un peligro para la verdadera integración de la ideología revolucionaria en un movimiento universal. ¿Cómo se podría cohesionar el pensamiento y la acción de los anarquistas adversarios de la organización obrera en el conjunto orgánico que forman los partidarios de ese medio de lucha?

El argumento que sirve para defender la tesis fusionista es precisamente el que con mayor elocuencia demuestra el antagonismo de tendencias que se manifiesta en el seno de la A. I. T. No todas las organizaciones adherentes a la Internacional de Berlín responden a la orientación del anarquismo, aun cuando actúen en ellas anarquistas. Por otra parte, es un error suponer que el integralismo ideológico se encontrará en el sindicalismo. ¿Acaso no está más distante el movimiento de la F. O. R A. de las corrientes sindicalistas neutras, prevalentes en Europa, que de los grupos anarquistas que propician la modalidad hasta ahora considerada propia de América?

Expondremos los motivos doctrinarios que, según nuestro punto de vista, impiden la integración del anarquismo en un movimiento uniforme, dentro o fuera de la A. I. T. No nos interesa mayormente la parte orgánica del programa unionista formulado en la encuesta del Grupo Internacional de Estudios Sociales de Bruselas. Lo que interesa es estudiar las causas que determinaron, a la vez que las desviaciones del sindicalismo, la desintegración de la doctrina anarquista en tendencias y grupos específicos cada vez más antagónicos.

Se ha generalizado la opinión de que sólo en los partidos políticos electorales están los discípulos de Marx. Se trata, como trataremos de demostrarlo, de un error de interpretación que ocasiona confusiones y malentendidos entre los mismos adversarios del marxismo. La teoría de la concepción materialista de la historia, es anterior a la política y al parlamentarismo. Antes de que la social-democracia aceptara la acción legislativa para la conquista legal de mejoras económicas y para la defensa política del proletariado, en el seno de la Asociación Internacional de los Trabajadores se manifestaban dos tendencias antagónicas: la materialista y la idealista. Y esos dos principios sociales al parecer identificados en un objetivo común, llegaron sin embargo a diferenciarse tanto como los revolucionarios se diferencian hoy de los conservadores.

Agotadas las polémicas en torno a las cuestiones teóricas y tácticas de la Internacional, y ya definidas perfectamente las dos tendencias socialistas — la autoritaria y la libertaria, — el socialismo parlamentario se fué alejando gradualmente de la primitiva concepción revolucionaria y desentendiéndose de la lucha de clases. Indirectamente, como jefes de partido, los marxistas lograron mantener su dominio sobre una parte del proletariado. Pero las organizaciones supeditadas a la política, más que órganos de lucha contra la dominación capitalista, eran simples engranajes de los partidos, piezas de la máquina electoral montada por los aspirantes al poder.

Debemos admitir, sin embargo, que esas desviaciones del marxismo no eran otra cosa que la consecuencia de la táctica electoral. La concepción materialista histórica ganó para los partidos socialistas a las masas obreras, en parte por el abandono que hicieron los anarquistas del movimiento obrero y en general por la incapacidad de los trabajadores para ver más allá de sus necesidades económicas perentorias. Quiere decir, pues, que los fracasos teóricos favorecieron el triunfo de las ambiciones personales, que tenían una justificación contingente en el proceso económico de la sociedad capitalista. Y sólo una minoría revolucionaria, consciente del peligro que significaba dejar a los trabajadores a merced de los pescadores en el río revuelto de la política, persistió en el propósito de mantener latente en las masas el ideal de la revolución integral.

Pese a su importancia numérica, el socialismo parlamentario no fué otra cosa en los últimos treinta años, que un movimiento político opositor y al mismo tiempo colaboracionista. La consecuencia lógica de ese proceso de adaptación al medio social, fué el desprestigio de los socialistas en los medios revolucionarios y como consecuencia el desarrollo de una tendencia intermedia en el movimiento obrero: el sindicalismo. Elementos marxistas adversos a la acción parlamentaria, obreros enamorados de las barricadas, todos los cultores de la violencia como medio para vencer a la burguesía y destruir el régimen capitalista, se encontraron en el mismo campo. Pero el anarquismo, aunque fué el inspirador de aquella corriente renovadora, muy poco ganó en valores ideológicos y en potencia espiritual.

Las ideas materialistas, en la lucha por conquistas inmediatas, se impusieron en el sindicalismo revolucionario y hasta determinaron nuevas desviaciones en el movimiento anarquista. De otra manera, ¿cómo se explicaría que, bajo la influencia de los últimos acontecimientos, hayan vacilado tantos hombres de nuestras filas y la descomposición de las organizaciones revolucionarias llegara al extremo de ofrecer campo abierto a los oportunistas de la revolución?

El fenómeno "comunista" — término político que ha suplantado en Rusia los mejores valores del movimiento revolucionario — retrotrae a nuestros días el período de descomposición de la Primera Internacional. Pero hoy existe el agravante de que no son las tendencias reformistas las únicas que se disgregan por efecto de su fracaso; también el anarquismo sufre la disgregación de sus filas y queda a merced de los intrigantes y de los desaprensivos. Ese extraño proceso de dispersión, que se explicaría en parte por el agudizamiento de las luchas personales, es producto de la ausencia, en no pocos elementos revolucionarios, de una mentalidad verdaderamente anarquista. Eran subversivos, inadaptables, descontentos por temperamento, mas no poseían una clara conciencia del papel que debían representar como enemigos irreductibles de toda autoridad y de toda dominación.

No ha sido superado el período de las definiciones teóricas y tácticas. El anarquismo no posee una base integral como movimiento revolucionario susceptible de conducir a los pueblos por la vía de su libertad política y de su emancipación económica. Entre la tendencia sindicalista neutra y el individualismo antiorganizador, existe un abismo insalvable. Y los anarquistas organizadores, divididos en gremialistas y antigremialistas, si coinciden en la lucha contra el exceso de materialismo y contra la metafísica del Yo, no consiguen en cambio ponerse de acuerdo en lo que respecta a los medios de capacitar a los pueblos para la lucha emancipadora y liberadora.

¿Cómo haríamos, pues, para llegar a la unidad orgánica del movimiento anarquista sin lograr antes unificar, o mejor dicho, integrar el anarquismo por encima de los sectores que paralizan las mejores energías y dispersan las fuerzas proletarias que mantienen latente el espíritu de la revolución?

—(O)—

PEDRO GODOY

APUNTES

Si echamos una ojeada sobre los méritos de la actual intelectualidad criolla, nos convencemos enseguida, como ellos ya están convencidos, que los envuelve una pobreza desconsoladora.

No hay valores.

Y no hay valores porque no hay ideales. La pluma, cuando no es empujada por la fuerza de un ideal noble, cuando la lleva a remolque una ambición bastarda o un interés estrecho, cuando no tiene el calor de un entusiasmo, tampoco produce más que sistemáticas lisonjas o calculados ataques.

Tal es el panorama de los intelectuales del momento por estas tierras.

Salvo contadas excepciones, que bien o mal piensan con cabeza propia, los demás, el grueso, ajenos a todo aquello que no sea el interés personal e inmediato, andan a los tumbos y dando cabezazos al sentido común.

Tomemos a cualquiera de entre el montón desordenado; descontando, naturalmente, al loco Lugones o a Lugones loco, porque con su espada y su coraza como se pasea por las columnas de "La Nación", ya no asusta ni a los cuzcos; descontemos también al humorista en calzoncillos, Arturo Cancela, tan, tan holgadamente remunerado por el poder ejecutivo a raíz de su último doble salto mortal en sus opiniones, por medio de sus ceñudas "palabras socráticas a los estudiantes", dejemos a Arturo Lagorio, cónsul, el más ibécil de todos y el más inútil del rebaño presidencial; dejemos a Manuel Gálvez, metido entre las polleras de monseñor; descontemos a la majadita propiedad del viejo Hipólito, que hace de las suyas desde las columnas del diario "Crítica" y se agrupan alrededor de un llamado "Comité Irigoyenista de intelectuales jóvenes"; dejemos todos esos enguantados bufones que hacen morisquetas en torno de los caudillos aumentados y cloroformados con zalamerías y tomemos cualquier otro: Martínez Zuviría, Soiza Reilly, Capdevila, Fernández Moreno, Alfonsina Storni...

¡Nada! Hojas. Palabras y palabras en hileras. Juegos de voablos que parece estuvieran jugando a las escondidas entre las ideas. Bailando en el papel como si fueran muñequitos de todos colores que obedecen a la voluntad del que tira la cuerdita.

¿Pero qué?... ¿Todo está perdido? ¡Esos son los castrados, los chupamedias de los satisfechos que hieden a polvo calomé y a nafta!

Esos son los que se alquilan como las mujeres de la mala vida, que no entran por el aro de la realidad, porque no les queda capacidad ni para ganarse el puchero decentemente y se mantienen así, entre un versito milonguero y un suelto tendencioso para el primer fulano que les tire con algunos pesos.

¿Pero si esa es ecoria que flota y pasa, arrastrada por la marea, por el empuje de la vida que avanza, por el progreso y la nivelación humana que no se detiene jamás? ¿Para qué tenerla en cuenta?

¿No está, acaso, como ayer, como mañana, en su puesto de siempre, cada vez más firme, cada vez más gigante, la guardia de los anarquistas que ha de salvar toda la vergüenza de este siglo de sumisión y cretinismo!

¡Salud a ellos, porque son los que quedan siempre, los que no pasan! ¡Salud a ellos porque de ellos es el futuro de la humanidad!

LUIS FABBRI

La anarquía es una idea de justicia

Los beatos del "materialismo histórico", los que quieren a toda costa establecer una determinante económica para todos los hechos humanos, incluso para los que tienen las relaciones más escasas y lejanas con la economía, aquellos que han reducido la percepción de importante, sí, pero no único coeficiente histórico a una especie de dogma fuera del cual no hay salvación y sin el cual no saben explicar ningún fenómeno de la vida social, en una palabra los simplistas (y podríamos decir también los simplicísimos) del marxismo, tratan de metafísicos a los anarquistas, cuando éstos, en sostén de sus opiniones, invocan un principio o una idea de justicia.

Y, sin embargo, nadie puede negar que la evolución del pensamiento y de los sentimientos humanos, la elevación y el afinamiento de las necesidades psíquicas, el progreso de la conciencia individual y colectiva hayan alcanzado ya un grado tal como para poder decir que hay un criterio elemental de justicia en lo sucesivo común a todos los hombres — aproximativo, imperfecto, desconocido, falseado o mentido, todo lo que se quiera, pero que, sin embargo, se impone directamente o indirectamente a todos, desde las tinieblas más profundas de la conciencia, y acaba por determinar muchísimas de las acciones humanas.

La Iglesia y el Estado, todas las iglesias y todos los Estados se sirven de este sentimiento de justicia para basar en él, deformándolo y corrompiéndolo, su poder. Pero sería un error negar tal sentimiento, peor aún ofenderlo y herirlo, sólo porque se niega y se quiere derrocar las instituciones religiosas y gubernativas. Al contrario, es preciso excavar éstas, vaciando sus cimientos de todo contenido ideal, oponiendo a su concepto de justicia fosilizado, dogmático y jurídico, un concepto de justicia superior, humano, libre y en continua evolución, en continua superación de sí mismo.

Nosotros estamos hoy suficientemente en grado de juzgar lo que es justo y lo que es injusto en la mayoría de los casos y de un modo más o menos aproximado. En línea general lo son más que todos aquellos que, como los anarquistas, no subordinan el propio juicio a un prejuicio político o religioso, sino que lo exhuman sobre todo de la vida vivida y del conocimiento de las necesidades de los individuos y de la sociedad. Si debiéseíhos establecer una guía, una brújula para distinguir lo justo de lo injusto, diríamos que consiste en la solidaridad humana. En línea general, lo que rompe o choca con la solidaridad humana es injusto, lo que la aumenta y la enriquece es justo.

Los anarquístas, cuando reclaman el derecho para todos a la satisfacción de las propias necesidades, y combaten por conquistarlo, hacen en substancia una cuestión de justicia. Ellos piensan:

Cuando un individuo ha trabajado en la producción común en la medida de sus fuerzas, *es justo* que coma según el hambre que tenga, aunque el producto de su trabajo no fuese tal como para bastar a saciarla, pues la fuente de su derecho primero es su necesidad y luego su trabajo. Y viceversa, en una sociedad basa

da en la fraternidad solidaria, si un individuo, sin ninguna razón, se rehusase a trabajar mientras todos los demás trabajan, y disminuye así la fuente de satisfacción de las necesidades ajenas, su pretensión de vivir a espaldas de los otros sería *injusta*, y así sería justo que los demás coasociados dijesen al haragán que eligiese otro cielo para su ocio.

Del mismo modo es acto de justicia el de los socialistas y el de los anarquistas que imponen a los haraganes que tienen el cucharón por el mango en la actual sociedad, la restitución de una propiedad que ellos no hacen producir con el propio trabajo, mientras los verdaderos productores sucumben de hambre. Es acción de justicia ,en fin, todo lo que los revolucionarios hacen para oponerse a la injusticia, para limitar los tristes efectos, disminuirla ,abolirla; esta injusticia, que no tiene necesidad de definición donde nuestros ojos ven tanta miseria, tantos delitos, tanta violencia erigidos en sistema y que tanto contrastan con el sentimiento en lo sucesivo existente en todos del derecho propio al bienestar y a la libertad.

Consciente, o solo latente e inconsciente, ese sentimiento está en todos los que sufren la injusticia social. Sin embargo, si queda en el estado embrional, si la conciencia de la injusticia que nos hiere no amplía su visión, incluso a la que oprime a nuestros sujetos, tal sentimiento permanece insuficiente; un cambio de situación, la determinación de una injusticia en favor nuestro en lugar de ser en nuestro daño, puede acabar por hacerle callar o extinguirlo. Pero el sentimiento, de cualquier modo ,existe. La pobre mujer, que no es una rebelde ni una anarquista, que ve morir a su alrededor de miseria al hijo adorado, mientras llegan del palacio de enfrente los ecos de un festín, y levanta los puños al cielo, hacia el dios en quien, sin embargo, cree, y al mismo tiempo hacia el palacio de donde parte el desafío a la miseria, y grita: "¡Dios, dios, esto no es justo, no es justo!", esa desventurada afirma en toda su desesperación todo un principio de moral, de derecho y de justicia, inconscientemente encerrado en el fondo de su corazón, que está en contradición con la sumisión habitual a las leyes y a las instituciones sociales y religiosas que, no obstante, cree indiscutibles.

Cuando este principio sano de moral, de derecho y de justicia se haya libertado de las tinieblas del alma popular en que queda aun confundido y la haya invadido toda, expulsando los terrores de las morales averiadas impuestas hoy oficialmente por los sacerdotes y los leguleyos, y de instinto inconsciente sofocado por el prejuicio se haya convertido en conciencia de los más, entonces vendrá la anarquía.

Pero el argumento, por su importancia, merece ser estudiado más detalladamente.

En la lucha que los anarquistas llevan contra la sociedad burguesa, ellos hacen naturalmente también una cuestión de interés práctico — no interés por las propias personas o por el propio partido, naturalmente, sino por el proletariado y en general por la humanidad. Sienten, por sí y por los demás, el peso de la explotación económica y de la dominación política, y quieren librarse de ella y liberar consigo a los demás; sienten la necesidad de un mayor bienestar y de una mayor libertad ,y quieren conquistarlos, para ellos y para los propios semejantes, contra los que monopolizan en ventaja de ellos y de su clase todos los medios de satisfacer las necesidades humanas y de ejercitar la libertad. Esto es generalmente querido, por lo demás, no sólo por los anarquistas, sino por todos los socialistas de toda escuela que permanecieron fieles a las ideas de reivindicación social integral elaboradas desde los primeros tiempos del resurgimiento del socialismo.

Sin embargo, tenemos el hecho indiscutible que en el movimiento de revuelta contra la burguesía, que caracteriza el actual período histórico, todos aquellos que combaten contra toda especie de explotación y de opresión, son guiados por móviles morales y entre éstos principalmente por un sentimiento o una idea de justicia.

No es el caso aquí de indagar y difundirnos demasiado sobre los orígenes de la idea de justicia entre los hombres. El argumento nos llevaría demasiado lejos.

Nosotros prescindimos, naturalmente, de toda hipótesis trascendental y ultraterrena. Basándonos en la realidad de los hechos conocidos y del mundo en que vivimos, somos llevados a admitir preferentemente la hipótesis de que la idea de justicia se ha formado a consecuencia del perfeccionamiento creciente y del refinamiento de las relaciones sociales, que más probablemente tienen su origen o punto de partida en la necesidad primordial de la nutrición y de la reproducción, de que han surgido los primeros impulsos para la lucha entre los hombres, sino al mismo tiempo también en la ayuda mutua y en el amor.

Es un punto de partida utilitario, que poco a poco ha terminado por convencer a un número siempre creciente de hombres de la conveniencia para ellos, en su mismo interés, de respetar cada uno el derecho ajeno. Paralelamente, la atracción sexual suscitando el amor entre el hombre y la mujer — se puede suponer en efecto, que el acoplamiento haya sido el primer ligamen social, — y en consecuencia los primeros factores familiares han reforzado aquella primera necesidad utilitaria de equilibrio, aunque fuese relativo ,entre los vivos y han engendrado los primeros sentimientos morales de la convivencia.

El hombre trata de satisfacer sus necesidades; luego se da cuenta de que esa satisfacción suya está en relación con la de los otros; y a través de pasajes sucesivos y de variaciones de las relaciones suyas con los otros hombres, acaba por idealizar, por concentrar en un principio absoluto lo que al comienzo es una necesidad material. Así el amor más puro, más inmaterial ,entre individuos de sexo diferente, tiene su origen en la necesidad sexual y tiende a la satisfacción de esa necesidad.

No sabemos si puede haber un modo más razonable de explicar el origen de los sentimientos morales. La discusión al respecto es, repetimos, inútil aquí donde no se trata más que de constatar un hecho actual. El hecho es que el movimiento revolcionario y social actual es guiado también por una superior idea de justicia, superior, queremos decir, a las mismas contingencias materiales y momentáneas. Esta idea es tanto más prevalente cuanto más revolucionarios son los militantes y cuanto menos reformistas son, en el sentido oportunista de la palabra; pero, en realidad, entra más o menos en todos los movimientos, incluso en los que parecen excesivamente utilitarios y reformistas, por medio de los cuales se desarrolla la lucha actual entre las fuerzas de conservación estatal y burguesa y las fuerzas innovadoras de resistencia y de conquista del proletariado y de la libertad y de cuantos se han dedicado a la causa del proletariado y de la libertad.

Tomad el escrito más humilde de propaganda o el más elevado, el más sentimental o el más árido y esquemático, consultad incluso los agrios estatutos y reglamentos de las entidades obreras, escuchad a los oradores populares o a los más doctrinarios y catedráticos, siempre y en todas partes encontraréis referencias más o menos patentes y acentuadas a conceptos de justicia. Casi siempre, al principio o al fin de toda requisitoria contra el orden actual de cosas, oiréis prorrumpir el grito de protesta: "Esto no es justo". Sorprenderéis esta exclamación hasta en los escritos de los autores más materialistas, hasta en aquellos que más aparentan no dar importancia a los factores ideales, mostrando un soberano desprecio por las "ideologías".

Así, lo que indigna más en el actual orden social es la ofensa continua a todo sentimiento de justicia, que perpetúa constantemente. Es en nombre de una idea de justicia que, entre otras cosas, los anarquistas se desatan contra las desigualdades sociales. La insurrección socialista y anarquista contra la sociedad burguesa se manifiesta de tal suerte como una insurrección por la *igualdad*. Nosotros "sentimos" que la desigualdad es injusta, y, por tanto, la queremos eliminar de las relaciones sociales.

Si nuestra rebelión fuese solamente una reivindicación de nuestro interés, del interés de la clase a que pertenecemos y de nuestra individualidad, nuestra lucha tendría un carácter del todo diverso. Se reduciría en tal caso a un simple: "quitaos de ahí que quiero ponerme yo"; los oprimidos de hoy no pensarían más que en convertirse en opresores de mañana; y no tendríamos ninguna preocupación por establecer relaciones sociales nuevas que consintiesen a todos los humanos el bienestar y la libertad. Nos bastaría reivindicar la libertad nuestra y nuestro bienestar, ocurra lo que ocurra con todos los demás.

Bien es vedad que un más porfundo examen del problema nos enseña que no es posible una completa emancipación nuestra, sin que esa emancipación sea hecha estable por el hecho de estar extendida a todos. Pero el espíritu que nos anima no hace ese cálculo; el cálculo es posterior y no determina tan eficazmente la acción sin el primero. De aquí la necesidad de que el sentimiento, el espíritu animador de la lucha, sea sobre todo un sentimiento de justicia para todos, y por tanto de igualdad para todos.

Entre los diversos partidos socialistas que trabajan para transformar la sociedad en sentido igualitario, el que más se afirma en la idea de justicia es el anarquista. En los otros partidos la cosa es un poco distinta; aun estando también ellos más o menos animados por algún móvil ideal (no es este el caso de ver cuántos), en cada uno quedó algo que participa de los conceptos de injusticia sobre los cuales se basa la sociedad actual. El partido socialista, por ejemplo, que tiende a la conquista de los poderes públicos y por tanto a continuar la vida y las funciones del Estado, es, de por sí, un privilegio y no tiene razón de existir sino como representante de una clase dominante. Cuando una clase social quiere conquistar el Estado significa que quiere — y no importa si esa voluntad queda durante la lucha en el estado subconsciente, — no suprimir el privilegio, sino conquistarlo y conservarlo para sí en daño de las otras clases.

Se dice, es verdad, que el partido socialista es el representante de toda la clase obrera, incluso de todas las clases oprimidas; pero en realidad, a medida que se avecina al poder, se convierte cada vez más en el representante de categorías especiales más afortunadas del proletariado y de la burocracia, que se disponen a formar la clase "dominante" de mañana. Así ha ocurrido en Rusia. Pues, aun aceptando como máxima la división en dos grandes clases distintas en la humanidad, la de los detentadores de la riqueza y la de los que no tienen nada o proletarios, nosotros pensamos que la clase obrera (como por lo demás la burguesa) no es un todo homogéneo con idealidad de tendencias y de intereses. En el seno del proletariado en general se delinean categorías y subclases diversas con diversas necesidades a veces en contraste, con tendencias a menudo incluso enemigas; y también en su seno hay una relativa división en otros tantos peldanos de la escala social.

La escala social nos la podemos imaginar como por un tercio que se yergue sobre tierra y por dos tercios hundida en el subsuelo; estos últimos son la clase proletaria sometida, y el primero es la clase burguesa dominante. A quien mira desde lejos, desde un punto de vista teórico, la división entre las dos clases es clara y precisa; pero mirando de cerca, no es ya así. Indudablemente, los de la clase subyugada, que están más arriba, en los primeros peldaños de su parte, están más próximos por interés al término medio de los intereses de la burguesía que a los intereses de aquellos que están abajo, en los últimos peldaños de la escala social. Así, los de la clase dominante que están colocados más cerca de la tierra, tienen intereses que colindan más con el término medio de los intereses del proletariado que con los intereses de la parte de la burguesía colocada en la cima de la escala.

Todo esto no es, ciertamente, una novedad, y ha sido dicho y repetido otras mil veces por muchos otros. Pero hace falta esa constatación de hecho para mostrar cuán ilógicas son las doctrinas sociales que ,aun reclamando mayor justicia para las clases sometidas, hacen inevitable la permanencia de una cierta división de clases incluso después del advenimiento al poder del proletariado, por el hecho justamente de que continuará existiendo un poder. También hoy se puede observar, aplicada a la burguesía, la injusticia de tales sistemas. El poder "representa" hoy a la clase social dominante; y sin embargo también en el seno de ésta — prescindiendo de las condiciones deplorables del proletariado, — ¡cuántas injusticias recíprocas, cuántas prepotencias, cuántas coacciones, cuántas explotaciones, cuántas tiranías nos es dado constatar! En los momentos en que calla la voz insurreccional del proletariado contra la burguesía, en el seno de ésta vemos desencadenarse otras luchas, diversas subclases de la misma clase dominante hay algunos que oprimen a las otras, las que se rebelan contra aquéllas. Más de una de las revoluciones del siglo pasado fueron fenómenos de este hecho, rebeliones de una parte de la burguesía contra la otra más fuerte y opresiva.

Y hoy mismo el Estado no es sólo el representante de toda la clase burguesa, sino el paladín de ciertos intereses de la misma burguesía, dejando ya a un lado que va contra los intereses de todo el proletariado. Las competencias y las luchas parlamentarias son en parte el reflejo de estas luchas internas de la burguesía, las cuales nos explican cómo en ciertas eventualidades se asumen actitudes casi revolucionarias por parte de categorías especiales de la misma clase explotadora. El proletariado no debe preocuparse de eso, y mucho menos ilusionarse con extraer ventajas duraderas de estas rebeliones internas de la burguesía; pero la injusticia que reina no sólo en perjuicio suyo, sino también en el seno de la burguesía, en daño ya de una ya de otra parte de ésta, debe amaestrarlo para que no se vuelva a repetir lo mismo por su parte, cuando haya logrado triunfar en la propia revolución.

Y sin embargo esto ocurrirá si no preside una idea de justicia su revolución, ligada a las reivindicaciones de sus específicos intereses de clase. ¡Ay, si la única preocupación del proletariado fuese la de derribar simplemente la escala social, sin el entendimiento de destruir sin más enteramente esa escala de la desigualdad humana!

—(O)—

CAMPIO PEREZ

Fechas y hechos

No hay pueblo sobre la tierra que no tenga su historia de sangre. Desde los tiempos de la magna Grecia a la odisea de los judíos; desde el tiempo de aquellos fanáticos romanos bajo el imperio de los Césares, con los primeros cristianos, hasta los tiempos modernos, si echamos un vistazo a través de las páginas de la historia no hallaremos una sola que no permanezca aun teñida de sangre.

Todos los pueblos, en defensa de un derecho pisoteado, que a la larga consiste en defender sus libertades, todos, sin excepción, aportaron vidas y vidas que fueron inmoladas en holocausto de eso que ellos mismos no alcanzaban a saber qué era y en qué consistía, en cierto modo. Sin embargo, a pesar de los abstáculos con que tropezaron, tenían fe y nos legaron ese monumento grandioso que se levantó sobre el pasado cual un gigante que bajara del Olimpo para revelarnos que en la vida todos tenemos los mismos derechos y deberes; que somos deudores y acreedores a un mismo tiempo y que los caminos morales, como así también los bienes habidos en la tierra a todos deben de ser comunes, como lo es la luz, el aire y todos los demás bienes naturales.

Pero esa libertad, ese derecho que nos legaron los antepasados no es más que la obra de siglos y siglos de eternas luchas; es la consecuencia de millones de seres sacrificados en honor de un dios cruel y sanguinario que pesó sobre el corazón de nuestros abuelos y aun con-

serva su imperio y su poderío en nosotros...

Los episodios y las luchas que tuvieron por escenario el mundo entero, suscitaron entre los hombres el ansia de superarse a sí mismos y entonces crearon un rito, una leyenda y, a pesar del empeño que los detentadores del poder mostraron por impedir que se propagaran, éstos fueron trasmitidos de boca en boca, de generaciones en generaciones, llegando a formar los ideales de redención que vindicarán de todos los dolores y tormentos inferidos a la humanidad durante el trascurso de los tiempos.

Por eso hay ciertas fechas que tienen algo nuestro, algo íntimo, más que en cierto modo no sabríamos darnos una idea de su signicado, porque forman parte integrante de nuestro ser, de nuestra alma, si alma tenemos; que nos hacen recordar todo el pasado de los pueblos a través de las edades, los momentos de sus heroicidades y sacrificios, los gestos altivos en la lucha por la liberación y la justicia. Ésas fechas quedan grabadas en el corazón de la humanidad del mismo modo que las propiedades se unen para formar la armonía: las fechas tienen algo que ver con la vida misma.

Los años continúan su curso, mueren generaciones enteras, pero las fechas que rememorarlas resulta un crimen para los poderosos, quedan para desafiar los rigores de las leyes y las futuras generaciones se encargan de recordarlas, porque ello equivale a honrar las ideas que encarnan la vida misma.

No mueren las ideas. En vano los tiranos de todos los tiempos y colores, abusando de la autoridad y la violencia de que están revestidos, pretendieron exterminarlas: donde se cortó una cabeza han surgido cien.

Los grandes hechos conmueven los corazones. Los pueblos detestan a los adoradores del vellocinio—de oro, para exaltar las virtudes sabias del altruismo que marcarán nuevos rumbos a la historia.

La violencia de los de arriba sólo puede engendrar el odio y la repugnancia de los de abajo; y cuando no alcanza el desprecio para hacer desistir a los tiranos de sus propósitos cobardes, no hacen más que armar el brazo del intérprete de los pueblos que se erige en defensor de los que sufren tanta humillación. Esas miserables criaturas amparadas por una religión corruptora y nefanda y por una ciencia cómplice, ciegos al dolor de los pueblos, lo aplastan con sus mandobles y para impedir se levanten en defensa de lo que por razón y por justicia les pertenece.

Ya pasaron los tiempos en que a estos seres embrutecidos por la soberbia se les convencía por medio de razones: no tienen más que vanidad y orgullo y a ese orgullo y a esa vanidad es a los que hay suma necesidad de ponerles freno antes que nos exterminen.

Por lo tanto, la fecha que hoy se rememora, no es solamente un recuerdo a los caídos por el triunfo del derecho en el campo de la lucha social, sino que es también una protesta viril y unánime de todos los corazones oprimidos por veinte siglos de esclavitud, corrupción e ignominia, contra todos los poderes establecidos, contra la tiranía de todos los tiempos, contra todo gobierno, contra toda autoridad, contra la casta dominante cuya existencia estriba en la violencia; contra todo lo que sea un obstáculo para el desarrollo de las aspiraciones humanas: contra los enemigos de la libertad y de la justicia, van dirigidas todas nuestras protestas.

¡Loor a los mártires de la humanidad que nos enseñaron a levantar nuestra alzada protesta ante la faz de los que quisieron reducir las ideas al silencio de las catacumbas!

"LA PROTESTA"
(diario)
y el SUPLEMENTO.
(revista quincenal)
Suscripción mensual a ambas publicaciones, $ 2.50. — Pago adelantado.
Todo importe remítase a Mariano Torrente. — Perú 1537.
Colaboraciones, notas, convocatorias y todo material de redacción, diríjase a LA PROTESTA.

GEORGE A. SCHILLING

Historia del movimiento obrero en Chicago

En el mes de marzo de 1876, P. J. Mc Guire y el camarada Loebkart, en su carácter de organizadores y agitadores del Partido Socialdemócrata de Norte América, visitaron Chicago y otros puntos occidentales con el propósito de sembrar la semilla del socialismo. Precisamente en esa fecha conocí a Alberto Parsons. Se había realizado un mitin monstruo el sábado por la noche en el Vorwaerts Turner Hall, donde habló McGuire y, al final de su elocuente arenga, anunció su intención de organizar una sección inglesa del socialismo, e invitó a todos aquellos, acordes con la doctrina expuesta, a dar sus nombres y direcciones a medida que pasaran. Esa fué la ocasión que aprovechamos A. R. Parsons, John Swertfeger, O. A. Bishop, T. J. Morgan, Adolph Gleecker y yo mismo para adherirnos al movimiento socialista. Al día siguiente, domingo, McGuire organizó otro mitin en el viejo Globe Hall, en la calle Desplaines. Después de su arenga, invitó a todas las personas a formular preguntas sobre cualquier punto que no les pareciera claro. En esa oportunidad, un hombre muy bien trajeado levantóse y, con acento claro, preguntó si en ese Estado cooperativo, tal cual había sido bosquejado por el autor, todas las personas habían de obtener, de la repartición, una porción igual, sin tener en cuenta la cantidad que producirían. El que interrogaba era A. R. Parsons. La pregunta creó un vigoroso interés, pues estábamos todos ansiosos por saber si habíamos entrado a formar parte de una institución comunista, una institución que proporcionaría a todos su parte, en la que el parásito y, por consiguiente, holgazán, se hallaría en un paraíso a expensas del trabajador industrioso, o si era dable implantar aun la ley del mérito. McGuire contestó que el Partido Socialdemócrata solamente encaraba la nacionalización de la tierra, instrumentos de producción, cambio y trasporte, compensando a cada trabajador, sin embargo, en proporción a su esfuerzo. Esto pareció dar satisfacción general y la Sección Inglesa, desde esa época, fué un permanente factor en el movimiento obrero de Chicago. Antes de esto, John McAuliffe y John Eckford eran los únicos oradores socialistas de la ciudad que podían arengar al pueblo en idioma inglés. Subsiguientemente, se agregaron Philip Van Patten, John Paulson y otros, y la agitación empezó con más vehemencia.

En ese tiempo, A. R. Parsons y John McAuliffe eran los únicos hombres capaces de exponer en público los principios del partido en lengua inglesa; pero Mc Auliffe era un extremista, refractario a defender medidas mejorativistas. La Sección "lo puso a un lado" y lo utilizaba solamente en ocasiones extraordinarias, de modo que A. R. Parsons fué, por largo tiempo practicamente el único orador público inglés que tuvimos.

En ese tiempo los socialistas luchaban contra muchos obstáculos. En primer lugar, el prejuicio del público contra el socialismo — un sentimiento que las uniones gremiales compartían plenamente — y, además, los socialistas alemanes miraban de soslayo a la Sección Inglesa y muchas veces dieron a entender que los "condenados yanquis" necesitaban vigilancia. Pero lo peor de todo era que no teníamos literatura inglesa sobre problemas social-económicos. El *Socialist*, y un semanario publicado por el partido en New York, era el único alimento espiritual de que disponíamos. Este periódico contenía una serie de artículos de enjundia provenientes de la pluma de Victor Drury, de New York, quien aunque no fuera el editor, representaba, por decirlo así, el cerebro del mismo. Estos artículos han sido desde entonces revisados y vueltos a publicar en forma de panfleto, y se intitulan: "La Constitución Política del Momiviento Obrero". En el otoño de 1876 el Partido Social Democrático y los Internacionalistas se reunieron en una convención en Filadelfia y fundaron el "Partido Obrero de los Estados Unidos". El *Socialist* fué llamado en lo sucesivo el *Labor Standard* y J. P. McDonnell reemplazó al camarada Mc Gregor en el puesto editorial.

La Sesión Inglesa de Chacago se reunía cada lunes por la noche para organizar programas de agitación pública y discutir problemas económicos y métodos de partido que brotaban en ese tiempo entre ellos, condicionados por el hervidero ideológico y los antagonismos prevalecientes en sus filas. Debe recordarse que la amalgama de la Internacional de los Social Demócratas unió a dos elementos opuestos de socialistas. Aquéllos se oponían a la acción política como un medio de emancipación económica, y predecían la desaparición del partido si se persistía en ello, mientras que los últimos insistían en que el voto era el medio más seguro, mediante el cual se obtendría la ilustración de las masas y se realizaría la destrucción final del presente sistema capitalista.

Aquéllos aconsejaban a los miembros del partido que se unieran a las uniones gremiales, y por medio de la fuerza de la organización económica arrancaran concesiones por grados, mientras que los últimos denunciaban todo intento de mejoramiento bajo el presente sistema, declarando que menos horas de trabajo y salarios más altos llevarían solamente al trabajador a estar más contento con el sistema del salariado. "Ganan demasiado ahora", querían decir.

El elemento social demócrata en el partido deseaba evidentemente un cambio rápido — una reorganización de la sociedad — y creía que el hambre y la angustia de las masas suministraría el exceso de corriente — el descontento — que barrería el sistema capitalista "para dar lugar al reinado venidero". Estómagos hambrientos y espaldas desnudas habían de impeler al ejército de los trabajadores a asaltar la ciudadela del capital, destruir sus baluartes y erigir sobre sus ruinas el Eldorado de la paz y de la abundancia universal. A esto Ira Stewart y otros replicarían que la sociedad se desarrollaba gradualmente; que no se podía por ningún arte de birlibirloque dar el grito "presto change" y transformar inmediatamente nuestra sociedad en un Edén; que hombres agonizantes no eran bravos, sino esclavos cobardes que se revolvían contra la sociedad impulsados por su estómago vacío; de héroes nada tenían. Ira Stewart opinaba, evidentemente, que el inglés que sólo quería luchar sobre un estómago lleno manifestaba mucho de la naturaleza humana.

"In heaven's name, it's get some super [now,
And then I'm with you if you're for a [row" (1)

La prensa cotidiana nos prestaba poca o ninguna atención en esos días. Convocábamos a mitines públicos en todos los puntos de la ciudad, pero las masas eran pesadas para mover. Muchas veces, después de pegar carteles y pagar por anunciar, nos veíamos obligados a contribuir con nuestro último niquel para pagar el alquiler del salón y regresar a pie a casa, en lugar de viajar. En todos estos mitines A. R. Parsons era el único orador inglés. En la primavera de 1887 el partido, en Chicago, resolvió intervenir en la liza política a título de experimento, limitando su acción al décimoquinto distrito, y nombrando a A. R. Parsons candidato a concejal.

Sobre este punto concentramos la fuerza del partido, y trabajamos con energía sin igual. Por esto fuimos llamados "carpet-baggers" y extranjeros importados, porque algunos de nosotros intervinimos en la política de un distrito en el que no vivíamos. Recogimos más de 400 votos — insuficientes para elegir a nuestro candidato, pero la buena impresión que hicimos sobre los ciudadanos cultos fué considerada como una gran victoria moral. Nuestra influencia como partido, en Chicago y en cualquier otra parte, fué muy limitada hasta la gran huelga ferroviaria de 1877. Antes, la cuestión obrera era de poca o ninguna importancia para el término general de los ciudadanos. La amplia masa de nuestro pueblo se contentaba a sí misma con la creencia de que en esta grande y libre república no había lugar para una queja real. La idea de que todos los norteamericanos se hallaba en un mismo plano social, parecía reconocerse como un hecho incontrovertible en los círculos legislativos, en la prensa, en el púlpito.

Pero cuando los amagos y demostraciones de descontento en Martinsburg, West Virginia, a raíz de una reducción del 10 por ciento en los salarios, en el ferrocarril de Baltimore y Ohio, estallaron unos cuantos días más tarde en la ciudad de Pittsburgh con su secuela de incendio, derrame de sangre y destrucción, con su populacho furioso, por una parte, y la milicia asustada y en retirada, por otra, fenómeno que se propagó por la nación entera, con tal rapidez que en unos días envolvió a todo el país, con su aspecto de insurrección industrial y social que asombró y sorprendió por su espontaneidad y extensión a los más cerriles observadores del desarrollo económico, ya no pudimos, cómo americanos, agradecer a Dios — con nuestra anterior vanidad — el que no fuéramos igual a las otras naciones. Pittsburgh, con su mar de fuego, con sus calderas de materiales ígneos, talleres y depósitos, fué la luz de calcio que iluminó los cielos de nuestra vida social e industrial y reveló el dolor de los trabajadores y la opulencia, arrogancia e inescrupulosidad del rico.

La cuestión social, que hasta ese tiempo se consideraba insignificante, surgió con todos sus contornos de problema grave e importante. La huelga alcanzó a Chicago, en toda su furia, el 23 de julio.

Los miembros del partido obrero de los Estados Unidos aprovecharon, en todas partes, la oportunidad que les proporcionaba esta marea creciente de descontento popular, y convocaron mitines con el propósito de presentar a un populacho asombrado la causa y el remedio de este levantamiento. El 25 de julio organizamos un mitin enorme en Marquet Square, en el cual A. R. Parsons y Pohn McAuliffe pronunciaron los principales discursos. La ciudad había estado bajo la más grande excitación durante varios días, y el anuncio de este mitin reunió, por lo menos a 40.000 personas. En ocasiones de gran excitación pública A. R. Parsons era algo extraordinario como orador. Su capacidad, en tiempos semejantes, para dirigirse a los sentimientos de los trabajadores era algo maravilloso. El *Inter-Ocean* declaró que la subsiguiente desgracia durante la huelga en Chicago fué toda debida al discurso de Parsons. Para la noche siguiente se convocó otro mitin en el mismo lugar, pero fué disuelto por la policía, que destrozó la tribuna del orador y apaleó a diestra y siniestra, a los trabajadores desarmados. Fred Courth, un tabaquero, fué golpeado hasta perder el sentido. Lo llevamos a las oficinas del viejo *Vorbote*, donde le curamos la herida, que consistía en un profundo chirlo en la cabeza, cuya marca es visible aun hoy. El mismo día (julio 26) la Unión de los Trabajadores en Madera convocó un mitin en el Vorwaerts Turner Hall a pedido de sus patrones, quienes deseaban celebrar una conferencia mutua para la solución de los agravios que hubiera entre ellos. La policía, enterada de la realización de este mitin, procedió inmediatamente a disolverlo. Mr. Wasserman, el entonces propietario del salón, intentó impedirles entrar, pero lo voltearon a golpes y, pasando por sobre su cuerpo, entraron al interior, y sin decir agua va empezaron a disparar sobre los que habían acudido a la asamblea. Uno de los miembros de la Unión (Tessman) fué baleado a muerte, mientras que otros muchos eran malamente heridos. El asunto fué subsiguien-

(1) *En nombre del cielo, deme algo de [de comer,*
Y entonces estaré con usted, si es [que quiere armar un zipizape.

mente llevado a los tribunales y el juez McAllister se expidió con una de sus famosas decisiones sobre el derecho de reunión pública. He pensado frecuentemente en este caso en relación con el proceso anarquista. Se declaró por los amigos de los acusados, cosa que nunca se refutó con éxito, que Bonfield, el ordenar el ataque contra el mitin de Haymarket, conculcó el derecho de reunión pública, y, que sea cual fuere el medio empleado por los ciudadanos allí reunidos para repeler esta agresión, fueron a la vez justificables y legales. A esto los amigos de la policía replicaron que si el ataque era ilegal podían encontrar reparación en los tribunales. Pero, ¿qué reparación justiciera podía obtener la Unión de Trabajadores en Madera para el asesinato de su miembro Tessman? La pobreza, por regla general, se tiene muy en cuenta en nuestros tribunales, y con dinero se obtienen largas dilaciones, motivo éste que se resuelve, usualmente, en la derrota de aquellos que no disponen de medios pecuniarios. La gran huelga ferroviaria de 1887 nos aseguró la atención pública. En verdad, la prensa y el púlpito, con muy pocas excepciones, declararon que las huelgas fueron provocadas por agitadores comunistas. Pero hubo otros que las consideraron como una alarmante evidencia de la concentración de la riqueza y de la rápida transformación de nuestra vida económica. Ese otoño el partido presentó una lista íntegra de distrito, con Frank A. Stauber como tesorero de distrito y a Alberto R. Pearsons como "County Clerk" y obtuvieron 8.000 votos. En la primavera del 78 elegimos a Frank A. Stauber como concejal del décimoquinto distrito, siendo el primer representante público elegido por el partido socialista. (A. R. Parsons fué derrotado en esta elección como candidato a concejal por una mayoría insignificante y era creencia general de que se le había "metido la mula"). Esto nos dió prestigio y nos favoreció enormemente. En el otoño de 1878 elegimos cuatro miembros para la Legislatura estadual. Nuestros miembros eran activos en todas partes, especialmente en las uniones gremiales, y pareció por un momento que el firme progreso y triunfo final del partido socialista habría de realizarse pronto. Ese mismo otoño fundamos el *Socialist*, un semanario inglés editado por Frank Hirth y A. R. Parsons.

En la primavera de 1870 lanzamos una lista íntegra, no ya de distrito, sino de la ciudad, con la candidatura del doctor Schmidt para Intendente, logrando recoger 12.000 votos, eligiendo tres concejales adicionales, que dieron cuatro representaciones en el ayuntamiento de Chicago.

Uno de los más notables incidentes, demostrativo del rápido crecimiento del partido, fué la celebración de la Comuna de París durante esa misma primavera. La comisión encargada de organizarla, inauguró el edificio de la exposición con capacidad para 40.000 personas, pero hubo tanta gente que fué imposible llevar a cabo el programa de canto, danza y "drilling". Se estimó que por lo menos 60.000 personas visitaron el edificio de la exposición esa noche, mientras miles, después de esperar afuera durante horas, en la imposibilidad de obtener una entrada, se volvieron a sus casas.

La comunidad se estremeció ante el atrevimiento de nuestras proposiciones al pedir el control colectivo (gubernamental) de la tierra, los medios de transporte, comunicación y producción, y también por la pasión que caracterizaba a nuestros esfuerzos en conseguir prosélitos para este esquema de emancipación industrial y social. Pero el partido había alcanzado el zénit de su poder como factor político. Unos pocos meses más tarde participamos — no oficialmente — en la elección judicial que eligió al juez Mc Allister por una abrumadora mayoría, con Barnum, Tuley y Morán. Después de esta elección se lanzaron cargos de conducta equívoca contra algunos de nuestros miembros, creando disidencias internas, y la influencia de nuestro partido empezó a declinar. En la primavera del 80 reeligimos a Frank A. Stauber al ayuntamiento, por una mayoría de treinta y un votos, pero su opositor que pertenecía al elemento de los "trabajadores finos", no quería aceptar este veredicto popular. En el séptimo distrito Stauber había obtenido 109 votos contra 100 de su oponente.

Los resultados fueron establecidos en el distrito en presencia de los tres jueces electos, dos fiscales de partido y un oficial de policía. Dos de los jueces, Walsh y Gibbs, se llevaron la urna y al saber que la elección había resultado en la derrota de su candidato (J. J. Mc Grath) ambiaron su contenido de modo que resultara Stauber sólo con 59 votos y J. J. McGrath con 150.

Este cambio dió a McGrath la mayoría y fué sentado en el ayuntamiento. Siguió un largo litigio, que costó cerca de 2.000 dólares a los trabajadores y mantuvo a Mr. Stauber fuera de su asiento casi un año. Stauber fué finalmente reconocido por los tribunales como debidamente electo concejal por el décimoquinto distrito. Walsh y Gibbs, los dos jueces electos que habían manipulado en esa forma la urna, fueron juzgados por la ofensa y absueltos, declarando el juez Gradner que aunque habían violado la ley, no había ninguna evidencia que demostrara que ese había sido su intento.

Esa circunstancia hizo más quizás que todos los otros motivos combinados para destruir la fe de los socialistas de Chicago en la eficiencia del voto.

Desde ese tiempo en adelante los que abogaban por la fuerza física *como el único medio* de emancipación industrial encontraron un ancho campo de acción para la difusión y aceptación de sus ideas. La elección presidencial de 1880 también tendió a desintegrar el partido como factor político. Como partido, habíamos participado en la convención que nombró al general Weaver, y era opinión de una amplia mayoría de los socialistas de habla inglesa que una fusión con el partido de Greenback nos daría un más amplio, y por esta razón más útil, campo para la propaganda de nuestras ideas — que estableceríamos un sentimiento de camaradería con gente que ya tenía con nosotros mucho de común. Pero muchos de los alemanes, bajo la dirección de Paul Grottkau y algunos de los ingleses, entre ellos A. R. Parsons, se separaron y, desde esa época, data el actual cisma en el partido socialista. Los adversarios del general Weaver no se oponían aun a la política como principio, puesto que lanzaron a la liza política una lista local propia. Creían todavía en el *Estado*.

La filosofía de la anarquía en su sentido moderno era apenas conocida. "Philiph" había discutido sus principios con Mr. Smart en las columnas del *Irish World*, siendo esta controversia la que provocó la primera duda en mi mente en cuanto a la posibilidad del Socialismo de Estado. Pero no fué sino hasta que Benjamín R. Tucker, de Boston, sacó su *Liberty* — que siempre he considerado como un hito luminoso en el progreso intelectual del movimiento— que el principio de la asociación voluntaria, en contraposición al control estadual, empezó a hacer sistemáticos prosélitos. La llegada de Johann Most a Norte América también produjo un cambio de pensamiento o de sentimiento entre muchos de los socialistas germanos "contra el Gobierno". Pero las ideas comunistas de Most son tan excesivamente autoritarias que yo nunca le he considerado como un adversario consistente del Estado (1).

En la primavera de 1881 cada una de las dos fracciones de socialistas en Chicago presentaron una lista íntegra de candidatos. Yo fuí elegido candidato a Intendente por el elemento que había sostenido al general Weaver para presidente, y Timothy O'Meara, por la parte contraria. La campaña se desarrolló en un ambiente de hostilidad mutua, más bien que contra el enemigo común, y constituyó la más desagradable experiencia que haya tenido en el movimiento. Desde esa época en adelante todo pareció desenvolverse en una atmósfera de intranquilidad, incertidumbre e inercia. La Sección Inglesa había mermado en sumo grado; algunos de sus miembros más activos la habían abandonado, por una causa u otra, hasta que pareció extinguirse, habiéndose retirado sus leaders de la participación activa en el movimiento. No obstante, durante este período de desintegración un nuevo pensamiento estaba desarrollándose y nuevos factores de acción se incubaban. El socialismo de Estado, al que sólo se le había opuesto los amigos de la usura y del robo, era atacado ahora, a través de las columnas del *Liberty*, por Benjamín R. Tucker y su ponderable cuerpo de redactores tan vigorosamente que aquellos lectores que habían defendido antiguamente el control gubernamental quedaron hermosamente encantados.

En 1883 dí una conferencia ante la Liga Liberal de Chicago sobre "El individualismo como oposición al socialismo estadual en la solución de los problemas sociales e industriales". Repudié mi anterior creencia — Socialismo de Estado — y defendí la competencia y la institución de la propiedad privada. La única réplica merecedora de mencionar, de uno de los socialistas de Estado, fué la de que yo era un renegado. Joe Labadie, de Detroit, renunció al socialismo de Estado poco después, mientras Lizzie M. Zwank y T. F. Hagerty, que trataban de salvar la nave del *Estado* en las columnas del *Radical Review*, se convencieron que su fuerza se desmoronaba frente a los fatales ataques de la pluma de A. H. Simpson.

Johann Most y Paul Grottkau chocaron en públicas controversias sobre el mismo asunto, pretendiendo Most que en todas las revoluciones del pasado el pueblo fué siempre esclavizado por la subsecuente chicanería parlamentaria: de ahí que el parlamento debía ser abolido.

La convención de Pittsburgh, la renuncia de Paul Grottkau, la sucesión de Augusto Spies como editor del *Arbeiter-Zeitung* y la fundación del *Alarm* fueron acontecimientos que se siguieron unos a otros, manifestación evidente de la maravillosa actividad de los anarquistas revolucionarios. Parsons, Spies y Fielden no dejaban escapar ninguna oportunidad para propagar sus doctrinas ante cualquier clase social, ya fuera ante la Liga Liberal o el Ministerio Metodista.

C. C. Post me informó un día, en el invierno del 85, que la West Side Philosophic Society, fundada por el reverendo Dr. Thomas y compuesta casi exclusivamente por los miembros de la Iglesia del Pueblo, habían incluído en su ciclo de conferencias el Socialismo Moderno, y deseaban la presencia de algunos de los representantes de las diversas escuelas socialistas. Post dejó el asunto en mis manos y yo invité a Parsons, Spies y A. H. Simpson. Parsons estaba comprometido esa noche y no asistió. El juez Boyles, un miembro de la sociedad, abrió el acto, pero sabía tanto acerca del socialismo como un hotentote. Nuestra participación en el debate promovió, sin embargo, tan intenso interés que la sociedad consintió en continuar el asunto en la próxima reunión. Parsons nos acompañó en esa ocasión y nunca olvidaré el dramático y torturante discurso que improvisó. La sociedad estaba formada por la "élite" del distrito oeste. Mr. Dean, su presidente, un millonario, comerciante en madera; el coronel Waterman — elegido una vez juez — el juez Boyles, el Dr. Thomas y otros coroneles, generales, jueces, profesores, etc., con sus mujeres e hijas, ataviadas con sus hermosas joyas y ricas prendas, componían nuestro auditorio. Parsons habló el último y cuando avanzó, pasando revista por un momento a la espléndida audiencia que ante él estaba, sus ojos resplandecieron de triunfo y en su rostro se dibujó una sonrisa de suprema satisfacción por la oportunidad que se le presentaba de enjuiciar a las "clases superiores" en su propia presencia. Después de chancear un rato a expensas del juez Boyles, empezó diciendo:

"No estoy habituado a hablar ante hombres y mujeres ataviados con ropas tan finas. Los hombres a quienes hablo todas las noches son trabajadores y mecánicos grasientos, de poderosos puños, olor a virutas y con desperdicios adheridos a sus vestidos. No llevan paños finos, ya que su constante lucha consiste en mantener al lobo — el hambre — a respetable distancia de su hogar. Las mujeres a quienes arengo son las que trabajan de diez a doce horas diariamente por una pitanza y deben contentarse con un vestido ordinario. Pero son estos mecánicos grasientos y estas pobres mujeres las que tejen vuestros paños, vuestra seda y raso; dan forma a vuestros costosos sombreros y pulen en exquisita belleza y forma las joyas que veo sobre vosotros, pero que *ellas* no pueden llevar".

Con estas observaciones preliminares se atrajo la más concentrada atención a uno de los discursos más elocuentes, agudos y desafiantes que jamás haya oído. Parsons era un orador de enverdadura, en circunstancias extraordinarias. En el curso de la huelga de telegrafistas en 1883, los representantes de varias uniones gremiales tenían la costumbre de visitarlo en su local para mantener y avivar su entusiasmo en la lucha. Parsons y yo, con un grupo de amigos, los visitamos una noche. El salón estaba lleno de bote en bote. Alguien informó al secretario del gremio que Mr. Parsons, de la Unión Tipográfica N.° 16, estaba en el salón. El secretario le instó para que arengara a la asamblea y cuando avanzó ví, por el brillo de sus ojos, que iba a pronunciar una elocuente arenga ante la audiencia. Empezó por referirse a la estrecha afinidad entre los hombres y mujeres que manipulan los aparatos telegráficos y envían los mensajes a través del alambre y los tipógrafos que los reciben como un "original" y lo imprimen. Mientras avanzaba, toda su alma se sintió envuelta en el fuego de su tema y como un torrente arrollador que cae por la ladera de una montaña, llevando por delante todo lo que encuentra, así cayó sobre esa audiencia americana de 1.200 hombres y mujeres, arrastrándolos con el poderoso impulso de su ardiente naturaleza. Sería imposible intentar una extensa reproducción de su discurso. Fué uno de esos extraordinarios arranques de elocuencia, manifestación ardorosa de un credo de redención, que dejó al auditorio encantado y maravillado por el resplandor de su llama.

Cuando el movimiento de las ocho horas, en 1886, empezó a interesar, los anarquistas revolucionarios no hicieron hincapié en él. En efecto, la gran mayoría de sus leaders lo consideraba como una especie de jarabe calmante para niños, pero de ninguna consecuencia para hombres de pelo en pecho. Con Parsons fué una cosa diferente. Había estudiado la filosofía de Ira Stewart durante años, y era uno de los pocos hombres que comprendían la enorme importancia de la reducción de las horas de trabajo. Creía que el éxito del movimiento de las ocho horas, suponiendo que fuera concedido por los patrones, hubiera constituído el puente sobre el cual la humanidad podría marchar hacia una solución pacífica del problema. El cargo hecho de que los anarquistas revolucionarios solamente utilizaron el movimiento de las ocho horas para precipitar una revolución violenta puede ser verdad para algunos: si es así deben haber estado locos; pero en lo referente a Parsons era falso. De una entrevista del 13 de marzo de 1886, en el *Daily News* de Chicago, tomo el siguiente extracto:

"Este movimiento — dijo — para reducir la jornada de trabajo se propone, de acuerdo con sus animadores, dar una solución pacífica a las dificultades surgidas entre los capitalistas y los trabajadores. Siempre he sostenido que había dos caminos para terminar con esta perturbación: métodos violentos o pacíficos.

"La reducción de la jornada de trabajo — o sea las ocho horas — es un ofrecimiento pacífico. Menos horas significan más paga. La reducción de la jornada es la única medida de reforma económica que consulta los intereses de los trabajadores como consumidores. Ahora bien, esto significa condiciones de vida más elevadas para los productores, que sólo pueden ser adquiridas por la posesión y consumo de una parte más amplia de su propio producto. Esto disminuiría los beneficios de los explotadores del trabajo".

Se ha dicho a menudo que si no hubiera explotado la bomba en Haymarket el movimiento de las ocho horas hubiera sido un éxito. Hubo allí dos factores

---

(1) *El juicio del autor del presente artículo sobre Most no será compartido por los conocedores de la obra del gran revolucionario alemán. El libro de Rocker editado el año pasado por nuestra Editorial da suficientes informaciones al respecto para poder formarse una opinión contraria a la sustentada aquí.*

adversos relacionados con el movimiento, uno de los cuales fué fatal: primero, los delegados de la Federación de Gremios, que se reunió en Chicago en octubre de 1885 y designó el 1.° de Mayo de 1886 para la inauguración del día de las ocho horas, regresaron a sus casas, después de haber aprobado esta resolución y se fueron a dormir. Boston, Baltimore y Milwaukee fueron las únicas ciudades, excepto Chicago, en las cuales hubo algún serio intento de exigirla. Segundo, la circular de marzo de T. V. Powderly, informando a la Orden que la demanda para establecer la jornada de ocho horas de trabajo no emanó de los Caballeros del Trabajo, sino de otra organización, subrayando que él miraba el movimiento con desfavor, previno a miles de Caballeros de participar. Pero, no satisfecho de impedir su progreso antes del primero de mayo, declaró en la asamblea general de Richmond, en octubre, que la frase que definía verdaderamente el movimiento que quería implantar la jornada de ocho horas de trabajo era ésta: *castillos en el aire*. Armados con este extracto de su discurso anual los empresarios de embalajes de Chicago determinaron arrancar de sus empleados la jornada de ocho horas que éstos habían conquistado y con la ayuda del subsiguiente despacho de Powderly, ordenando una rendición so pena de expulsión, los empresarios lograron imponerles otra vez las diez horas, tomando represalias contra sus leaders y destruyendo su organización.

¡Oh, manes de William Lloyd Garrison y Wendell Phillips! Oh, espíritus de los poderosos muertos de todas las edades y tiempos, que ofrendásteis vuestra vida sobre el altar de la libertad humana y vivisteis por la más amplia libertad del mundo, dónde estarían sus progresos si hubiérais vacilado en vuestras actividades, pensando que eran *castillos en el aire!*

En cuanto al mitin de Haymarket, la explosión de la bomba, la fuga de Parsons, el juicio, junto con sus camaradas por el asesinato de Mathías J. Degan, su regreso voluntario, proceso, convicción y ejecución, con todos sus incidentes extraordinarios, serán tratados con todo lujo de detalles por su compañera y otros; yo dejaré este aspecto de la cuestión intacto, salvo en lo que respecta a uno o dos incidentes de menor cuantía.

A. R. Parsons se unió a los Caballeros del Trabajo en 1877, mientras visitaba Indianópolis, Indiana, y fué iniciado por Calvin A. Light, ya muerto. Durante muchos años fué un miembro del "viejo 400", el primer local en Chicago. Cuando se disolvió, en 1885, se trasladó a la Asamblea Local 1307, del que fué miembro hasta el 11 de noviembre de 1887.

La Asamblea General de los Caballeros del Trabajo en Richmond pasó una resolución pidiendo gracia para los anarquistas condenados.

Los prisioneros, particularmente Parsons, que era el único miembro de la Orden, no querían merced, sino justicia. Un año más tarde, en la Asamblea General de Minneápolis, Minnesota, habiendo llegado el tiempo para la acción decisiva, James E. Quinn, del Distrito de Asamblea 49, presentó una moción contra la pena capital y pidió que la Asamblea General diera los pasos necesarios para prevenir, si fuera posible, la ejecución de los anarquistas de Chicago. Powderly la desechó del orden del día. Habiendo impugnado la decisión de la presidencia el representante Evans, del Distrito Asamblea 3, de Pittsburgh, el tema íntegro se convirtió en materia de discusión. Powderly, como siempre, habló el último, y lanzó un amargo ataque contra los condenados. Les motejó de cobardes; dijo que Parsons le había engañado; que él tenía testimonios documentales del general W. H. Parsons estableciendo su culpabilidad. Presentó artículos de diarios, notablemente uno, conteniendo una significativa circular de Burnette Haskell. Cerró su larga tirada de engaño con gran floreo y énfasis, declarando que si la Asamblea General no le acompañaba él no sostendría la decisión de ésta: no permitiría que se anudara su lengua, sino que diría todo lo que sabía. Por esto dió a entender a los delegados que tenía una información importante y que se convertiría en delator si no era sostenido. Cuando se hubo ido, uno de sus secuaces promovió la "cuestión previa" para evitar con ella toda explicación de la circular de Haskell que, de todos modos, no tenía ninguna relación con el caso anarquista. Su discursillo, arbitrario e incoherente, fué simplemente una triquiñuela de charlatanería parlamentaria para provocar la pasión y el prejuicio de la asmble general. En la votación, 52 miembros votaron contra la decisión de la presidencia, siendo sostenida ésta por una gran mayoría. ¿Por qué no desechó Poyderly el asunto del orden del día en Richmond? ¿Fué porque esperaba un aumento de salario a $ 5.000 por año y no podía permitirse el lujo de oponerse al Distrito Asamblea 49, con sus sesenta y dos delegados que sostenían la resolución de clemencia, y cuyos votos él necesitaba? Tal comportamiento en esos tiempos era de carácter muy sospechoso.

Hugh Pentecost y el reverendo Mr. Kimball tuvieron la valentía de protestar contra la ejecución de los agitadores sociales, aunque ricas e influyentes congregaciones les obligaron a renunciar a sus parroquias. El coronel Robert G. Ingersoll, el infiel, que no espera un premio futuro por conducta magnánima, elevó su voz contra la ejecución de esta terrible sentencia, sin considerar los deseos de sus ricos clientes.

Pero T. V. Powderly, el cristiano, el que rendía culto en el altar del humilde Jesús, dijo que Parsons le había engañado, y eso en la hora suprema, cuando hubiera podido manifestar una pequeña parte del amor y perdón de su Maestro, no tuvo reparo en esgrimir su poder para conseguir su venganza.

Este 11 de noviembre de 1887 ha pasado a la historia, y marca la tragedia máxima de las postrimerías del siglo XIX. El proceso de Spies, Parsons, etc., es un hecho y el veredicto del jurado se ha ejecutado, pero el proceso del juicio se prosigue aún. Comunidades y naciones, así como individuos, son algunas veces intoxicados y cometen hechos de los que se avergüenzan cuando vuelven a recobrar sus sentidos normales. Fué en un momento de extravío semejante que esta nación ejecutó a Mrs. Surratt a la terminación de la guerra. Sentimos orgullo al considerar la magnitud que se tuvo con Jefferson Davis y sus asociados, pero sólo recordamos con vergüenza y humillación la ejecución de esa mujer. Yo era entonces un chicuelo de diez años, pero me pareció haber visto el espíritu de Abraham Lincoln, con su cara llena de pena y aflición, dejar caer una lágrima de simpatía y de pesar ante su féretro. Los hijos y las hijas de Virginia no conmemoran, con poesía y oratoria, la grandeza de su Estado al colgar a John Brown. En la historia de sus fastos y triunfos este acontecimiento no tiene cabida.

¿Se ha de repetir la historia en el caso anarquista? Contemplará la humanidad, en el futuro, cuando vuelva su vista al pasado, esta ejecución, como un testimonio de la barbarie de nuestro tiempo? Pero, dejando a un lado esto, ¿cuál será su influencia en la formación del destino social e industrial de la humanidad? ¿Asumirá o dilatará la solución de estos irritantes problemas del capital y del trabajo con los que lidiamos? Aumentará la amargura ya existente entre las clases hasta que choquen violentamente entre sí o apresurará el tiempo en que despierte una conciencia clara en todas partes para encarar, leal y honestamente, los problemas de la hora? Lutero y la Reforma nos dieron la libertad de conciencia, rompiendo las cadenas de nuestra esclavitud espiritual y estableciendo el derecho al juicio privado; Jefferson, Paine, Franklin y otros nos dieron la libertad política; pero como ni la mente ni el alma pueden ser verdaderamente libres mientras el cuerpo esté encadenado a una condición de dependencia industrial o esclavitud — que es nuestra presente condición — nos corresponde a nosotros, los del siglo diez y nueve resolver el problema de la liberación industrial, dando a todas las personas libre oportunidad de aplicar todas sus facultades y poderes a los recursos naturales que posean para su propio bienestar y felicidad. Si esto puede ser realizado por el gradual y pacífico proceso de la evolución o si debe atravesar la tempestad y la borrasca de la revolución, dependerá en mucho de nuestra habilidad para despertar la opinión pública de su apatía.

Vivimos en una época de universal inquietud. El espíritu de la duda y de la investigación está desparramando la semilla del descontento contra el presente estado de cosas. Las instituciones consagradas por el tiempo se ponen en cuarentena. La organización que permite transformar en oro la vida, la sangre y los huesos de los niñitos, en nuestras modernas bastillas del trabajo, de modo que unos pocos puedan encenagarse en las orgías de media noche, se está ya criticando por algunos. Latifundistas y usureros son denunciados como parásitos cuya fortuna se amasa con la explotación, las esperanzas tronchadas y las lágrimas del pueblo. El mismo gobierno es culpado de ser la fuente de la iniquidad, una máquina a través de la cual los buitres humanos son habilitados para exigir tributos, conferir privilegios, restringir la libertad del comercio y por diversos caminos mantener y reforzar un sistema de robo y fraude legalizado contra sus semejantes. La sociedad, en todas partes, está en un estado de efervescencia; cada progreso en la imprenta no hace más que intensificar el momento de su descontento. Nada es acepte de la moderna herejía que no consultado como sagrado por este joven gigante la felicidad del HOMBRE ahora y aquí.

"Goodnes is alone immortal,
Evil was no made to last." (1).
Chicago, febrero 26 de 1889.

(1) *"Sólo la bondad es inmortal. Para durar no está hecho el mal".*

UN MEDICO RURAL

Anarquismo realizador

Las ideas sólo existen en estado de pureza en la mente de los utopistas. Pero a medida que las ideas maduran y se acercan a la realidad, se desfiguran, se bastardean, se achatan. Tanto más, cuanto más en pugna estén con el espíritu de la época, y más aún, si ha habido que usar la violencia para imponerlas. Como el hombre no puede elevarse hasta el nivel de la idea, hace descender a ésta a su nivel para llevarla en su conducta. Pierde más el ideal en la práctica, que lo que gana el hombre al practicarlo.

Esta es la razón de que los que tienen por intangible la pureza de principios desdeñen las conquistas parcelarias y defectuosas, y de que los realizadores, sacrifiquen un poco la pureza del ideal, en bien de su practicabilidad inmediata.

Cierto que el practicismo, puede servir de admirable pretexto a los traidores para escamotear el ideal. Lo maldigo con Rocker, cuando produce los frutos y llega al extremo que expone en su folleto. Pero el puritanismo, cuando se hace esterilizador, y sacrifica oportunidades por simples cominerías de detalle, es igualmente digno de maldición.

"Hay que ser práctico" se le dice al que acomete una acción desinteresada, poniéndole ante los ojos la amenaza de disgustos, ingratitudes o persecuciones. Es tanto como aconsejar el egoísmo, la cupidez, el no acometer más acciones que las que puedan reportar un interés económico o una ventaja social. Tal interpretación de lo práctico, es la antítesis del idealismo.

Estas dos acepciones del practicismo, no tienen nada que ver con lo que Fabbri llama anarquismo realizador, que tiende no sólo a hacer practicable el ideal anárquico, poniendo de acuerdo con las ideas dominantes de la época, sino también, a conseguir dentro del actual estado de cosas las máximas conquistas libertarias. Si no se quiere permanecer esteril en la torre de marfil de la pureza e integridad doctrinal, si se quiere llevar a la práctica el ideario, hacerlo carne, realidad, vivirlo en una palabra, hay que hacer alguna concesión al ambiente, al espíritu de la época, a los estados de opinión, y sobre todo al modo de ser de los individuos.

Un estudio imparcial del ambiente que nos rodea, no puede menos que descorazonarnos. El espíritu de sumisión, de obediencia, está aun demasiado arraigado en los individuos. Los prejuicios religiosos y políticos mantienen aun muchas conciencias adormecidas, esclavas. La ejemplaridad del ambiente, encarrila en el estrecho sendero de la rutina a las nuevas generaciones. La organización social fomenta el servilismo, ahoga toda tentativa de liberación, toda manifestación de independencia. Esto no se destruye de repente. No se cae de un empujón. Una revolución, por afortunada que fuese, no conseguiría más que cambiar la forma, las apariencias. Pero, eso sí, sería una preparación para otras, el primer paso decisivo hacia una mañana de perfección al que sólo pueden llevarnos una evolución lenta. Las revoluciones, son siempre un progreso, un paso hacia delante, anticipan el fin, aceleran la evolución, abrevian el progreso, pero no hacen el milagro de cambiar la pasta o el barro de los individuos, ni destruyen de un golpe la milenaria labor de cien siglos de obscurantismo y servidumbre.

Aumenta de día en día el número de los individuos capacitados para la vida libre, pero al mismo tiempo, estos últimos años nos han traído un apagamiento del ardor bélico de las masas, se han marchitado los entusiasmos populares, o mejor dicho, han cambiado el objeto de sus entusiasmos, han sustituído la política por el deporte espectacular. Un partido de futbol o un mach de boxeo, la proeza de un aviador, o el poderío de un condotiero, son bastantes a lectrizar a muchedumbres olvidadas por completo de su realidad política o social. En el estudiante de hace un cuarto de siglo, encarnaba el rebelde, fiel cumplidor del deber biológico que Marañón atribuye a la Juventud. Hoy, nuestras juventudes estudiantiles, están formadas por *buenos chicos*, estudiosos, sensatos, y "prácticos" como hombres maduros. El suceso del día, es el deportivo: la última proeza o el último record. El sport es mayor estupefaciente social que el alcohol.

Apagada o desviada una fuerza revolucionaria — el descontento de las masas — es menester que la otra — la conciencia del individuo — multiplique su esfuerzo y lo eleve a categoría de proeza, que convierta en practicable su idealismo, dejando de ser tema de soñadores y filósofos, hasta hacer interesar en sus conquistas libertarias y en su luchas ideales, a la pública opinión.

Cuanto más intransigentes seamos en la realización del ideal anárquico, más retrasamos su triunfo, ya que en la actualidad estamos muy distantes de su practicabilidad integral. Un anarquismo realizador, ha de hacer concesiones al ambiente y ha de limitarse a lo compatible con el sentir y el espíritu de la época.

No hay por qué hipotecar en ello la personalidad anárquica, ni la insaciable aspiración a un mañana mejor. La adaptación no ha de suponer renuncia, ni conformismo.

Toda conquista anárquica, precisa del libre acuerdo, de la ayuda mutua y del mutuo consentimiento, y estas condiciones, en un medio hostil, no pueden lograrse más que a cambio de cesar en la propia intransigencia.

Federación Obrera Regional Argentina

Informe de actividades — Propósitos inmediatos

Al proletariado adherido

En ocasión de este primero de mayo, que para los trabajadores revolucionarios es una intensa jornada de lucha, en que se rememora a los ahorcados de Chicago y a todos los caídos en los combates por la conquista de un mejoramiento moral y económico y por la manumisión del yugo del salariado y de la tiranía política del Estado y que se expresan objetivos a perseguir, el Consejo Federal, para confundir sus pensamientos y sentimientos con el proletariado adherido a la F. O. Regional Argentina, pretende exponer al examen del proletariado sus más íntimas actividades. Significará este acto un anhelo de superación en la inmensa obra proselitista, de organización y de relaciones que realiza en el plano regional e internacional, una ojeada retrospectiva por el camino andado y singularmente la exposición de propósitos concretos inmediatos, que serán traducidos un día en hechos. Que en ese sentido sea acogida esta comunión y que los trabajadores que forman en las filas de nuestra F. O. R. A. sepan valorizar la obra de todos, el esfuerzo incesante sobre la marcha de los acontecimientos que muchas veces aprisionan las voluntades y maniatando las mejores energías hacen harto dificultosa, áspera y dolorosa la concreción de los objetivos comunes de las legiones del trabajo. Al proletariado adherido nos remitimos entonces, sin reticencias, en la esperanza de ser interpretados en nuestros anhelos.

LA CAMPAÑA POR LA LIBERTAD DE RADOWITZKY

Fuera de toda duda, no hay para los trabajadores y los militantes de nuestro movimiento una causa moral y justiciera que en los actuales momentos apasione más intensamente y ocupe el pensamiento colectivo como la campaña liberadora de Simón Radowitzky, el héroe y el mártir. Y, a excepción del célebre caso Sacco y Vanzetti, que después de una cruel odisea se epilogó en la silla eléctrica de la cárcel estadual de Massachussetts, Estados Unidos, creemos firmemente los miembros del Consejo Federal que será la campaña por la liberación del mártir de Ushuaia una de las gestas más sublimes de la clase trabajadora argentina y la demostración más alta de los exponentes solidarios de que ha hecho gala merecidamente la F. O. R. A. en más de un cuarto de siglo de vida, rica en episodios heroicos e imborrables en su brillante historial.

Desde hace más de un año son justamente las organizaciones de la F. O. R. A. las que han puesto decidido empeño en llegar a obtener el rescate del prisionero del ergástulo maldito de Tierra del Fuego. Sin alabanzas, que no caben, ni apocamientos frente a los censores gratuitos del esfuerzo ajeno, así lo confirman los hechos. Precisamente no hay hasta ahora más gladiadores en la palestra que no sean aquellos que han reconocido a Simón como un hermano, y como a tales les preocupó su suerte y les preocupa su libertad, desde el instante mismo en que llevó a cabo su acción de reivindicación social, que es su orgullo y el de todos. Las demostraciones solidarias antes y después del mitin regional; la formidable actividad desarrollada hace un año a esta parte para dar mayores proporciones a la campaña, y sobre todo el paro de protesta de la F. O. Local Bonaerense y de las organizaciones autónomas, demuestran elocuentemente que esta causa es grande, justiciera y humana, y que la lucha será tremenda aún. Conscientes, pues, del papel moral que desempeña nuestro moimiento, la responsabilidad que le toca en esta cruzada y los alcances ulteriores que de la misma surgirán, no vacila este Consejo Federal en concitar la atención del proletariado regional sobre el arma de la huelga en todo el país, que empleará la F. O. R. Argentina cuando el tiempo y la ocasión lo exijan.

Abocados a luchar con un enemigo fuerte y embozado en el manto del liberalismo y la magnanimidad, que explota a los ojos ingenuos de las multitudes irredentas, no habrá otro camino que el que conduce a la paralización del trabajo, como exponente de protesta y como ineludible emplazamiento para la libertad del rehén de Ushuaia. Que en tanto madure el fermento de la acción y se aproxime el día en que se crea necesario el recurso de esa arma extrema de lucha, que en este primero de mayo, y en los días subsiguientes, la campaña liberadora se intensifique, y el pensamiento de la huelga se haga eco en el pueblo.

EL TERCER CONGRESO DE LA A. I. T.

El secretariado de la Asociación, con sede en Berlín, ha pasado a las organizaciones nacionales adheridas la circular pro tercer congreso de delegados. Este se realizará en Lieja, Bélgica, del 27 al 29 de mayo del corriente año. A tal fin la F. O. R. A. recibió la invitación y el orden del día de los asuntos a que se abocará el congreso internacional. Sin embargo, por un descuido que es manifiesto, el Consejo Federal no ha podido prepararse con antelación y designar un militante para que representara a la F. O. R. A. En la imposibilidad de una representación directa, se apeló al medio de nombrar un delegado indirecto, de suerte que, de cualquier modo, la F. O. R. A. estuviera en el congreso de Lieja de la A. I. T. Invitado el camarada Luis Fabbri, éste, residente en París, Francia, reconociendo la deferencia, ha correspondido a la invitación del Consejo Federal. Quiere decir, pues, que la F. O. R. A. estará representada en el tercer congreso.

El mandato conferido al delegado es simplemente informativo; únicamente ha sido facultado para presentar una moción en el sentido de que la A. I. T. abrace la causa solidaria de la F. O. R. A. por la liberación de Simón Radowitzky, y que las organizaciones representadas en el congreso se hagan eco y se adhieran a la lucha que contra la burguesía y gobernantes argentinos se sostiene. Sabemos, y así lo informamos, que igualmente la F. O. R. Uruguaya, ha nombrado delegado indirecto, en base a que las instituciones de Sudamérica no pueden negarse a concurrir al congreso de la A. I. T.

Ignora el Consejo Federal si la C. G. de Trabajadores de Méjico, concurrirá; solamente se sabe que el secretariado tiene el propósito — y para esto es demasiado tarde — de invitar a las entidades afines y costear un delegado directo. En los congresos sucesivos de la A. I. T. es de esperar que la F. O. R. A. destaque siempre un delegado de su propio seno; la adhesión así lo exige, por lo demás.

JORNADA DE SEIS HORAS

Una de las muchas preocupaciones del Congreso Federal es la cuestión inmigratoria y la desocupación, que en la época presente significan dos azotes para la clase obrera de este joven país, y que alcanzan de rebote, consecuencias graves para el movimiento gremial. Frente a estos problemas, no hay otra salida teórica y práctica perentoriamente que la reducción de la jornada de trabajo. Hoy más que nunca la iniciativa de la F. O. R. A., llevada al seno de la A. T. T. en su segundo congreso, se impone teóricamente, pues hasta ahora se reconoce que la jornada máxima de seis horas de trabajo, traería un alivio en las condiciones críticas actuales de vida.

La crisis de trabajo que en los últimos años tiene carácter de epidemia, es un factor de desmoralización y de presión para la salud física y espiritual del proletariado.

Se impone, entonces, que la lucha por esta conquista que levantará el nivel económico de los trabajadores, no sea echada en olvido, relegada. Por el contrario, sino más, cuando menos se debe mantener la propaganda sin decaimiento, de modo que esta legítima aspiración se materialice, restando efectos graves a la perenne entrada de inmigrantes a este país en que las legiones de los sin pan y sin trabajo acusa como pobrísimo en el mercado de la mano de obra. La F. O. R. A. apoyará toda acción tendiente a contrarrestar las funestas consecuencias de esos problemas y cooperará decididamente, en todo sentido, con los núcleos obreros que se empeñen en obtener la reducción del horario de trabajo.

Y hará propaganda incitando a los trabajadores a que conquisten la jornada de 6 horas.

CONFERENCIA CONTINENTAL

La vieja aspiración de la F. O. R. A. de que el proletariado militante de América latina llegue a contar en sus manos con un instrumento de lucha, de organización y de propaganda, no obstante haber transcurrido otro año, no por eso ha dejado de trabajar el Congreso Federal en ese sentido, contando con el eficaz concurso de la C. General de Trabajadores (sección mexicana de la A. I. T.) y con el entusiasmo de otras entidades afines.

Fracasada la conferencia de Panamá — por obra y gracia de la reacción — y la de Buenos Aires, por causas no sin fundamento, se ha proyectado para el 1.o de mayo de 1929 la celebración de otra conferencia de delegados de organizaciones del continente.

Conjuntamente trabajan la F. O. R. A. y la C. G. de T. de Méjico para que tal reunión se lleve a cabo y se materialice, por fin, la fundación de la asociación continental. Indudablemente, concurrirán a la fundación de la misma diversas entidades obreras y revolucionarias de Centro y Sudamérica. El valor de esta herramienta que en un futuro próximo esgrimirá el proletariado de América, es indiscutible y escapa a toda ponderación, y es obvio que lo recalquemos, por cuanto nuestro movimiento hace años que lo ha reconocido y se ha empeñado en estrechar en un nexo organismo los vínculos fraternales que unan en un solo haz a todas las fuerzas militantes de América. Y en el nuevo intento, no hay duda que se materializará esta aspiración.

CONGRESO REGIONAL

Están en antecedentes los sindicatos y las federaciones de la circular con el orden del día de las cuestiones que se han de debatir en el congreso de delegados, que fuera postergado y se realizara indefectiblemente el día 11 y subsiguientes del mes de agosto del año en curso.

La naturaleza del acto y el valor de los problemas mismos eximen al Consejo Federal, ponderarlos. Unicamente réstale recomendar al proletariado adherido que, desde ahora, se entregue al estudio de dicha circular y a reunir fondos de manera que el mayor número, sino todos, de las organizaciones federadas tengan delegados directos en el congreso.

EL CONSEJO FEDERAL
Mayo 1.o de 1928.

—(0)—

Voces de Chile

Frente a la dictadura

¡Viva la anarquía!

Hoy, 1.° de mayo, fecha que expresa un mundo de esperanzas, una afirmación de fe inquebrantable en la aurora anárquica, los hombres conscientes de todas las latitudes de la tierra donde aun no predomina el barbarismo de la dictadura, hacen irrupción en calles y plazas, alta la frente, en compactas columnas, entonando himnos de redención humana que al repercutir en el espacio ahuyentan las sombras siniestras de un pasado de tinieblas y opresiones.

La sangre de los mártires, el sufrimiento de los encarcelados va construyendo la mole granítica en la cual ha de cimentarse la humanidad del porvenir pésele a la bestialidad de los que pretenden impedir el triunfo de la idea anárquica, eliminando a sus precursores, que cual nuevos Anteos se levantan de los sepulcros para cobijarse en nuestros corazones y decirnos: ¡Adelante, adelante!...

En los presentes momentos históricos tócale vivir al proletariado chileno días de zozobra, momentos de pruebas; una dictadura brutal ha clavado las garras en los pechos de los hombres que luchan por la emancipación integral de las huestes del trabajo; el ruido de los sables pretende sofocar las voces de los expoliados por el capitalismo, la razón pretenden oscurecerla, la libertad la tienen engrillada y se respiran aires cuarteleros; las delaciones es el pan de cada día ejercida por los vicarios sirvientes de la dictadura, cuyo número aumenta a medida que la incertidumbre crece en los camisas negras chilenos.

Como coronación de tan nefasto régimen, las entidades con tendencias anárquicas han sido disueltas en todo el país y las que aun revisten los embates de la dictadura son amordazadas; los organismos relacionadores están desarticulados; nuestros más activos camaradas confinados en la isla Mar Afuera; la prensa revolucionaria prohibida, lo que indica que en este 1.° de mayo las entidades que constituyeron la F. O. R. Chilena tendrán que someterse al silencio impuesto por una situación de fuerza.

Pero si bien nuestras tribunas no se levantarán hoy en las plazas públicas, nuestros corazones laten al unísono de todos los explotados, que disfrutando de la relativa libertad que concede la decadente democracia, tienen la dicha de exteriorizar en este día de huelga general los anhelos de la estirpe proletaria, el recuerdo a los hermanos caídos y la expresión de protesta que significa el 1.° de mayo.

¡Compañeros!, al hacer mención de los pueblos que sufren el martirio de la dictadura, no olvideis a Chile, que hoy permanece en silencio amordazado por el dictador Ibáñez; al recordar a los camaradas aprisionados, acordaos de los confinados en la solitaria y rocosa isla Más Afuera y afirmar desde la tribuna que la organización obrera y anárquica que se resume en la F. O. R. Chilena como el ave fénix resurgirá cobijando con sus alas protectoras al paria vilipendiado, tiranizado y explotado y a todos los hombres que aspiran aún a vivir en el amor y la igualdad social.

Por encima de la mole andina, al través del mar que nos circunda, nuestro abrazo fraterno para todos, nuestro recuerdo a los caídos por intermedio del diario LA PROTESTA.

El Consejo F. de la Federación O. R. Ch.

Santiago, 15 abril 1928.

Un tomo en rústica . . . . . $ 1.20
" " papel pluma . . . . . $ 2.—
" " encuadernado en tela . $ 3.50